

Selección

TERROR

CLARK CARRADOS

EL BOSQUE SINIESTRO



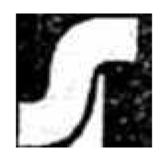
SELECCION

TERROR

CLARK CARRADOS

EL BOSQUE SINIESTRO

Colección
SELECCION TERROR n.° 417 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

412 — Viaje al centro del infierno. *Clark Carrados.* 413 — El culto de la carne sangrante. *Curtis Garland* 414 — Crepúsculo rojo, *Ralph Barby.*

415 — El anticuario, *Adam Surray.*
416 — Araña humana, *Curtis Garland.*

ISBN 84 02 02506 4 Depósito legal: B. 38.673 • 1980

Impreso en España • Printed in Spain
I.ˉ edición: febrero. 1981

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera. S. A.
Parets del Vallés (N-152. Km 21.650)
Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

El hombre estaba parado a un lado de la carretera, muy entretenido al parecer con su navaja y un trozo de madera. Ralph Hohnill detuvo su coche y asomó la cabeza por la ventanilla.

—Buen hombre, ¿puede indicarme el camino para llegar a Rickant Forest? El individuo continuó su tarea, sin dar muestras de haber le escuchado.

Hohnill trató de mostrarse comprensivo. Aunque apenas se hallaba a doscientos kilómetros de la metrópoli, aquellos parajes daban la sensación, en ocasiones, de no haber cambiado nada con el paso de los años. A no ser por la autopista y las modernas carreteras, Hohnill habría dicho que se encontraba en plena Edad de Piedra.

—Quizá es sordo —murmuró. Y, cuando se disponía a alzar la voz, el hombre habló:
—No soy sordo. Pero tampoco loco.

—Perdone, no quise ofenderle.

—Lo que trato de decir es que por nada del mundo iría al bosque maldito, señor. Hohnill respingó.
—Yo voy a Rickant Forest, y usted dispense.
—Ese es el nombre oficial. Nosotros le llamamos el Bosque Maldito.

—¿Por qué? Si se puede saber, claro.
Al fin el sujeto suspendió por un momento su aburrida tarea y alzó la vista.

—Si es tan loco como para insistir en ir allí, tome la primera desviación a su derecha y sígala hasta el final. Encontrará lo que busca.
—Gracias, amigo. Y disculpe las molestias.

El hombre ya no le contestó. Hohnill pisó de nuevo el acelerador y el coche se puso de nuevo en movimiento. «Paleto estúpido», apostrofó mentalmente al individuo.

El pueblo quedó a su izquierda, un conjunto de casas que parecían aplastadas por el peso de los años, viejas, tristes, de aspecto más bien deprimente. Hohnill tenía prisa y apretó el gas a fondo.

Un cuarto de hora más tarde, encontró la desviación y se adentró por el camino sin vacilar.

El suelo era de tierra batida, aunque en buen estado. Redujo la velocidad, pero más por las curvas que por la inseguridad del pavimento.

El camino ascendía en suave pendiente hacia una montaña que se divisaba a lo lejos, no muy alta, pero cubierta de espesísima vegetación. La cumbre era plana, amesetada.

Los árboles crecían por todas partes, altos, de frondoso ramaje. Hohnill supuso que por allí debía de haber caza abundantísima.

Al cabo de un rato, la carretera se niveló casi horizontalmente, y perdió su trazado curvo. Ahora era recta y corría por el medio del bosque. A ambos lados del camino, los árboles alzaban sus copas al cielo a quince, veinte y aun más metros de altura, con las ramas muy juntas, entrelazándose en gran número de ocasiones.

El camino era muy estrecho, tanto, que Hohnill se preguntó cómo se las arreglaría si venía otro coche en dirección contraria.

De pronto, como tenía por costumbre, miró por el retrovisor y le pareció ver una cosa

muy extraña.

Sacudió la cabeza. No, no podía ser; había sido una ilusión de sus sentidos. El camino estaba allí. Los árboles no se cerraban por detrás, después de su paso.

Nervioso, soltó una risita.

—Estoy viendo visiones.

Cien metros más adelante, se vio asaltado por la misma sensación. Detrás de él, los árboles cerraban filas y el camino desaparecía, como si quisieran ocupar aquella franja de suelo blanquecino, desprovista de vegetación.

La sensación fue tan vivida que, sin poder contenerse, frenó el coche y se apeó para mirar hacia atrás.

—Maldita sea —gruñó—. He trabajado mucho en los últimos tiempos, eso debe de ser...

El camino seguía en su sitio, recto, despejado, y los árboles no se movían. De pronto, notó una cosa.

El silencio.

Era un silencio total, absoluto. Hohnill no había percibido jamás una tan asombrosa falta de sonido.

En aquel bosque, debían de abundar las aves. Se oirían los distintos sonidos emitidos por las diferentes especies: trinos, graznidos, silbidos...

Pero no se percibía el menor ruido. Incluso las ramas de los árboles permanecían quietas, sin dar la menor muestra de agitación.

Hohnill se pasó una mano por el mentón.

—No me gusta este lugar —decidió al cabo—. Si no fuese un negocio tan bueno...

Volvió al coche, dio el contacto y lo puso en marcha de nuevo. Al cabo de unos minutos, se sintió mejor. Si cerraba el contrato iba a ganar un buen montón de «pasta».

El camino hacía una curva un poco más allá. Al salir de la curva vio la casa y exhaló un profundo suspiro de alivio.

—Al fin —exclamó.

* * *

Lee Taylor maldijo entre dientes. Estaba arruinado.

Hacía ya más de seis meses que buscaba trabajo. Sus escasos ahorros se habían convertido en el único billete de veinte dólares que le quedaba en los bolsillos. Y todo por culpa de una fulana, en la que más valía no pensar. Si hubiera sabido ser un poco más fuerte... Pero ella era tan condenadamente atractiva... Y el jefe los había sorprendido en una actitud poco compatible con el trabajo que realmente debían desempeñar.

Lo curioso era que él había sido el seducido y ella la seductora» por tanto, la dama en cuestión no sólo había conservado su puesto, sino que había ascendido, y ahora tenía el de Taylor. A veces, Taylor pensaba que ella lo había hecho adrede. Además de guapa era ambiciosa.

En fin, las cosas ya no se podían remediar Estaba hecho y debía afrontar las

consecuencias.

El día había sido repetición de los anteriores: búsqueda de un empleo y negativas por todas partes. Taylor empezaba a pensar en la conveniencia de alistarse en las honrosas filas de los hombres de la limpieza.
—Para decirlo con una palabra más clara: basurero —masculló.

Por si fuese poco, hacía frío, llovía y soplaba un viento desagradable. La lluvia no era demasiado intensa, aunque sí molesta. Los coches pasaban raudos, reflejándose sus luces en el mojado asfalto.

El viento era lo que hacía desapacible aquella tarde de primavera, que más |)arecía invierno. De otro modo, el ambiente habría sido más soportable.

De pronto, vio al hombre, parado en una esquina, cubierto con un viejo sombrero, sin abrigo ni impermeable y pro tejiéndose como podía con el cuello de la chaqueta subido. Era un anciano o. por lo menos, tenía el pelo blanco, y parecía completamente derrotado.

El hombre tendía la mano. Las gentes pasaban por su lado presurosas, atropellándose, sin mirarle siquiera. Taylor sintió en el acto una viva compasión hacia el anciano.

Hurgó en sus bolsillos en busca de una moneda. «Maldita sea, sólo tengo estos veinte dólares», pensó. Vaciló un instante.

Llevárselo a su pensión era imposible. La dueña los echaría a ambos escaleras abajo, sobre todo, si tenía en cuenta que ya debía dos semanas. La señora Garnett no admitiría jamás a un hombre vestido con andrajos, como el infeliz mendigo de la esquina. Taylor pensó cuan cierto era el dicho de que siempre había alguien en peores condiciones que uno mismo.

Movido por un arranque incontenible, se acercó al hombre y le entregó el billete. Ya se arreglarla como pudiera, pensó. Al menos, aún tenía una maleta completamente llena de ropa, prácticamente sin usar. La vendería al día siguiente y...

—Tome, buen hombre.

El anciano levantó la cabe/a, le miró y sonrió. Taylor vio unos ojos muy azules, claros, que destilaban bondad, y se sintió extrañamente

confortado.

—Es demasiado —dijo.

—Váyase de esta esquina —aconsejó el joven—. Es ya de noche, llueve y hace trio, lómese un buen plato de sopa caliente y métase en la cama; no sea que vaya a atrapar una pulmonía.

—Gracias por su interés, señor, pero no se vaya todavía. Espere, quiero demostrarle mi gratitud.

El anciano metió la mano en uno de sus bolsillos, sacó algo y lo puso en la mano de Taylor.

—Su vuelta, señor.

—Oiga, que yo no...

El hombre insistió e hizo que los dedos del joven se cerrasen sobre lo que parecía un disco de metal.

—Guárdelo Le traerá buena suene. No vale gran cosa... aunque en tiempos sí tuvo un gran valor. Consérvelo y le preservará de todo mal.

—Está bien, gracias. Haga lo que le he dicho; no se esté aquí más tiempo.

—Sí, señor.

Taylor continuó su camino, con las manos en los bolsillos del impermeable. Caminaba agachado, contra el viento, el sombrero bien encasquetado, protegiéndose como podía de las rachas de lluvia que le azotaban intermitentemente, aunque con furia.

Con las yemas de los dedos tocó el disco metálico que le había entregado el anciano. Parecía una moneda de medio dólar. «Bueno, tendré para un café y una rosquilla», pensó.

Minutos más tarde, llegaba a su alojamiento. Tal como había calculado, la señora Garnett le aguardaba en el vestíbulo.

—Señor Taylor, no puedo consentir esto por más tiempo —dijo la mujer—. Le doy de plazo cuarenta y ocho horas. Pasado ese tiempo, le pondré de patitas en la calle. Y me quedaré con su equipaje, por supuesto.

—Pasado ese tiempo, habré solucionado sus problemas, señora.

—Es usted quien debe solucionar los suyos, señor —dijo ella, con un acento aún más frío que el ambiente exterior.

—Muy bien, todo es cuestión de opiniones. Y ahora, si me lo permite, iré a mi habitación...

—Espere —dijo la señora Garnett—. Ha llegado una caria para usted —lanzó una risita burlona—. Alguna factura, como si lo viera —añadió.

Taylor cogió la carta, conteniendo los deseos que sentía de dar un buen puntapié a las exuberantes posaderas de la patrona. Luego, sacudiéndose como un perro mojado, subió a su habitación. Allí se despojó del sombrero y del impermeable.

Luego rasgó el sobre.

Hasta entonces, no se había fijado apenas en que era algo más abultado de lo normal. Cuando extrajo lo que había en su interior, creyó que los ojos se le saltaban de las órbitas.
—Cielos, esto parece el maná...

Atónito, contempló los diez billetes de cien dólares que habían llegado con la carta. Luego leyó ésta.

Lo había olvidado. Ni se acordaba en absoluto del préstamo que

unos cuatro años antes había hecho a un buen amigo. Ahora, el amigo le devolvía el dinero y. además, le citaba para el día siguiente en su despacho, a fin de hablar sobre un interesante trabajo que podía proporcionarle en su negocio.

Lo primero que hizo Taylor fue dar unas cuantas zapate- tas de alegría. Luego, recordando algo, corrió a la puerta, abrió y emitió un trueno de voz:

—¡Señora Garnett, suba!

La patrona compareció a los pocos instantes.

—Si va a quejarse del agua caliente, se la he cortado...

Taylor puso en sus manos un billete de cien dólares.

—Primero, cóbrese lo que le debo. Segundo, tráigame dos botellas de cerveza, una de whisky, un pollo asado, patatas fritas, pan y pasteles a su gusto. Y, finalmente, quédese con lo que sobre. ¿Está claro?

La señora Garnett se quedó atónita.

—Señor Taylor, créame, yo no quería... Usted me pareció siempre una buena persona...

—¡Basta de charla! —cortó el joven vivamente—. A comprar, que me estoy .muriendo de hambre. Ah, dos cosas más: tráigame también un par de cigarros y dígale al vago de su marido que me suba un televisor a la habitación. ¿Estamos?

La mujer se retiró presurosamente.
Taylor sacó su último paquete de cigarrillos y encendió uno.

—Gracias, Mike Dillon —murmuró, como si su amigo pudiera oírle—. Sabía que no me defraudarías...
Se preguntó cómo habría conseguido triunfar su amigo en los negocios.
No importaba, ya lo sabría al día siguiente. En la carta le enviaba su nueva dirección...

De pronto, desconcertado, se preguntó cómo habría sabido encontrarlo su amigo. Hacia cuatro años que no tenían noticias el uno del otro, y Dillon le había enviado el dinero a aquella pensión de mala muerte. ¿Cómo lo había averiguado?

Decidió dejar para el día siguiente la solución de los enigmas. Ahora tenia ante sí un porvenir de color de rosa. Las cosas iban a cambiar, ya lo creo que iban a cambiar, se dijo.

Repentinamente, pensó en el mendigo.

—¿Será posible? —musitó. Recordó la moneda y quiso verla.

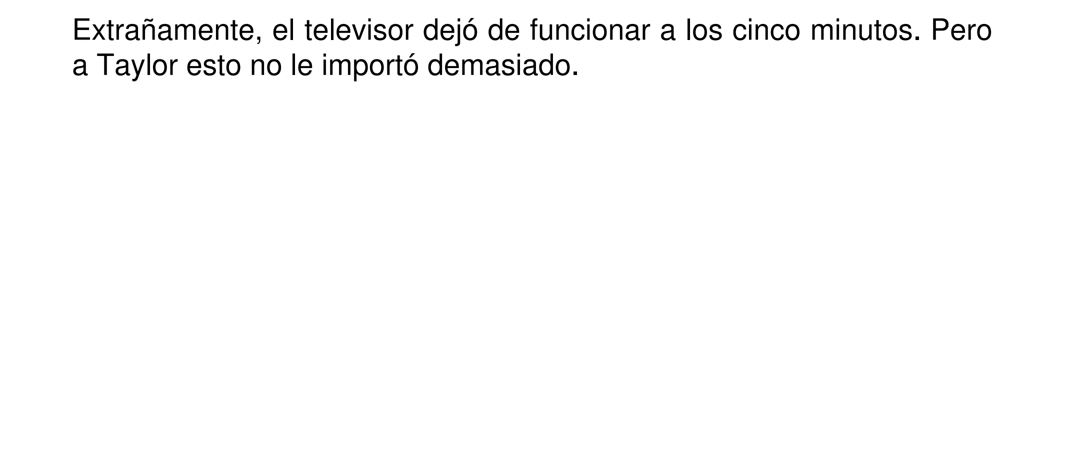
Cuando la tuvo en las manos, la examinó con gran atención. Parecía una moneda muy antigua y no se hallaba en demasiado buen estado.

Posiblemente, era una moneda española del siglo pasado. O mexicana, pues él no entendía muy bien las letras que rodeaban al jinete con lanza que aparecía en el centro del disco plateado.

Pero, sí, el anciano había tenido razón: le había traído la buena suerte. El señor Garnett cortó en seco sus reflexiones:
—Su televisor, señor Taylor —dijo con una voz que parecía destilar miel.

Taylor hizo saltar la moneda en el aire, la recogió en la palma de la mano y después se la guardó en uno de los bolsillos de la chaqueta.

—Póngalo por ahí, señor Garnett —contestó, displicente.



Extrañamente, el televisor dejó de funcionar a los cinco minutos. Pero a Taylor esto no le importó demasiado.

CAPITULO II

—No se aleje demasiado de la casa, señor Hohnill —dijo la joven—. Aunque le parezca mentira, podría perderse en el bosque y pasarían quizá días ames de que pudiera encontrar el camino de vuelta.

Hohnill la siguió cortésmente.

El día era radiante, sin una sola nube. El bosque parecía haber perdido su aspecto tétrico y deprimente que ofrecía la víspera, en el atardecer. Ahora se sentía mucho mejor, sobre todo después de haber pasado una buena noche, tras una excelente cena, regada con buenos vinos y con la propina de un buen cigarro y una copa del mejor coñac que jamás había saboreado.

Y todo ello sin contar con la anfitriona.

Ahora ella vestía un sencillo traje de mañana. Por la no che, le había parecido una diosa, ataviada con un vestido de noche, de seda amarillo pálido, perfectamente ajustado a su cuerpo de proporciones clásicas. Contempló los ojos claros, casi ambarinos, el delicado óvalo de su rostro y los cabellos, muy rubios, pajizos, peinados impecablemente.

Lo malo era el nombre. No le gustaba, no cuadraba demasiado con su apariencia. Antonia... ¿Por qué no se llamaba Minerva o Penélope? Sacudió la cabeza maquinalmente. ¿Qué importaba el nombre, si era la mujer más bella que había visto en los días de su vida?

—No me perderé, señorita Mawbenee —aseguró—. Además, llevo una brújula. Antonia sonrió.

—Vuelva a la hora que guste. Mi sirvienta le dará de comer lo que desee.

—Gracias una vez más.

Hohnill echó a andar hacia el bosque. Los árboles formaban un círculo casi perfecto en torno a la casa, roto única mente por la entrada del camino que conducía a la civilización.

Le pareció que se hallaba en otro planeta. Inmediatamente se sintió invadido por una serie de extraños sentimientos. Paz y calma, pero también inquietud y desasosiego.

Era imposible que las aves no morasen en un bosque donde había tanta abundancia de árboles. ¿O estaba habitado solamente por

pájaros nocturnos?

No. no podía ser. O había aves o no las había, pero no se podía hacer distinción entre las diurnas y las nocturnas. Cada especie tenía su tiempo para vivir y para dormir.

Quizá, algún pesticida particularmente nocivo y persistente al mismo tiempo había dado al traste con toda la vida animal, por lo menos, la alada. A medida que se adentraba en la espesura, aquella hipótesis tomaba más cuerpo en su ánimo.

«Algún maldito ecologista...», pensó. Admiraba y respetaba a los que pensaban de tal manera, aunque a veces se pasaban de la raya. Pero también se habían pasado los que esparcieron el pesticida por el bosque. La vida animal parecía aniquilada por completo.

Para la excursión. Hohnill se había vestido con ropas adecuadas: camisa a cuadros, sombrero de alas anchas, pantalones de pana y botas de media caña. Pendiente del cinturón llevaba una hachuela, con la que pensaba hacer muescas en algunos árboles, a fin de ir adelantando en su tarea.

Un poco más adelante, descolgó el hacha y se detuvo ante un gigantesco abeto, de casi treinta metros de altura, y tronco de metro y medio. Era un magnifico ejemplar, pero ya

había cumplido su ciclo vital, estimó. Ya no importaba que lo derribasen. Descargó el primer golpe. Había una buena muesca y...

El bosque se quejó.
Hohnill se detuvo, pasmado. ¿Alguien había gritado?

Fue una especie de gemido hondo, profundo, como brotado de miles de árboles a la vez, casi musical, pero horriblemente siniestro. Parecían miles de quejidos, emitidos todos al mismo tiempo.

Miró a su alrededor. De pronto, descubrió que estaba sudando.
—Este bosque me va a poner nervioso —mascullo.

Por un instante, le pareció que los árboles amenazaban con cerrarse alrededor de él. «¿Por qué le llamarán el bosque maldito?», se preguntó.
Colgó la hachuela del cinturón y sacó una libreta y un lápiz.

—Bueno, iré tomando notas... —hizo una consulta a la brújula, guardó todo nuevamente y reanudó la marcha.

Otra vez intentó hacer una nueva muesca y el sonido volvió a repetirse. Hohnill notó que el bosque !e estaba crispan do los nervios.

—Me parece que no haremos negocios —mascullo—. Se lo diré a mi socio y...

Pero era una buena oportunidad y no le parecía prudente desaprovecharla. De repente, oyó un sonido horripilante.

Era el alarido de una persona en gravísimo peligro de muerte, un chillido espeluznante, que puso los pelos de punta a Hohnill. El grito, sin embargo, fue muy corto y ya no volvió a repetirse.

Hohnill tragó saliva.
—¿Eh, quién anda por ahí? —gritó.

Nadie le contestó. Su voz pareció ser absorbida por el colchón compuesto por millares de árboles.

Volvió a gritar, pero obtuvo el mismo resultado. Al cabo de unos minutos hizo un esfuerzo por tranquilizarse. Sacó un pañuelo y lanzó una exclamación.
—¡Bah, no era más que el grito de algún animal!

Osos no existían en el bosque, ni tampoco pumas o gatos monteses, le había asegurado Antonia. Tal vez había sido el grito de un águila...

Continuó su trabajo. Estuvo en el bosque hasta bien pasado el mediodía. Cuando vio la casa, alrededor de la tarde, le pareció que acababa de sobrevivir a un naufragio. Perdido en el océano, acababa de llegar a la costa salvadora.

* * *

Las sorpresas de Taylor dieron comienzo aquella misma mañana, apenas fue introducido en el despacho de su amigo.

Dillon no estaba. En su lugar, había una encantadora joven de unos veintitantos años, de pelo castaño y figura muy atractiva. Al verle, le sonrió con gran afabilidad.

—Soy Norma, la hermana de Mike y consocio en la empresa —se presentó—. Mike tuvo

que salir anoche, inesperadamente, y me encargó le recibiera en su lugar. Estoy entera da del caso, ¿comprende?

Taylor trató de rehacerse de su asombro.

—Celebro conocerla, señorita Dillon. Mike fue siempre un hombre sorprendente. No me habló jamás de usted...

—A veces, es un poco retraído —contestó la muchacha—. Pero permítame que le diga que su préstamo fue para nosotros la tabla de salvación que nos permitió sobrevivir cuando el agua nos cubría completamente. Supongo que comprende la metáfora.

—Desde luego —sonrió Taylor.

—Ciertamente Mike se merecería un buen garrotazo. Nunca me dijo el nombre de la persona que le había prestado el dinero y sólo hace dos días me enteré de ello. Mientras tanto, él le había estado buscando, hasta que logró conocer su dilección actual. Quiere que trabaje con nosotros: conoce su reputación y me confesó que se había sentido muy sorprendido al saber que le habían despedido de su anterior empleo.

—Bueno, si le cuento lo que sucedió...
—No. Lo sé. Mike lo investigó también. Se alegró muchísimo, ¿sabe?

—¡Caramba! Eso de alegrarse del mal ajeno...
—Porque así podría emplearle a usted en nuestra empresa, hombre.

—Ah, eso ya es otra cosa —dijo Taylor.

—Mike le aprecia muchísimo a usted. Dice que fue el único que le tendió tina mano, cuando se encontraba en las peores condiciones imaginables. Todas las puertas se habían cerrado y nadie contestaba a sus apremiantes llamadas de socorro.

—Los amigos estamos para ayudarnos en los momentos críticos. Ayer fui yo, hoy es Mike... y usted.

—Si, también yo resulté beneficiada de su ayuda, señor Taylor. Y, si le parece bien, hablaremos ahora de sus nuevas obligaciones, incluyendo, por supuesto, sus honorarios. ¿De acuerdo?

Taylor estaba completamente de acuerdo. Sería un buen empleo, con un excelente salario... y aunque habría ocasiones en que tendría

que trabajar de firme, también dispondría de una notable libertad para realizar su tarca.

Cuando terminaron de discutir los términos del contrato. Taylor sonrió:

—Ahora era yo el que estaba con el agua por encima de mis cabellos. Gracias, señorita Dillon. ¿Cuándo podré ver a Mike?

—No lo sé. Dos, tres días... Fue un viaje totalmente imprevisto y no pudo fijarme la fecha de regreso.
Norma sonrió encantadoramente.

—Pero tendremos mucho gusto en invitarle a cenar cuan do él vuelva —añadió—. Así celebraremos nuestra mutua salvación, ¿no le parece?
—Acepto encantado.
Norma se puso en pie y él se levantó también.

—Ahora le enseñaré su despacho, Lee. ¿Me permite que le llame asi?

—Oh, no faltaría más.

Hacia un poco de calor en el despacho. La excitación del momento había hecho sudar al joven. Maquinalmente, Taylor sacó un pañuelo para enjugarse la frente. Algo cayó al

suelo.
Norma lanzó una exclamación y se inclinó para recoger la moneda.

—Iba a perder medio dólar —dijo alegremente—. Hoy dia no es gran cosa, pero tampoco conviene...
Súbitamente se detuvo, con los ojos fijos en el disco de plata.

—¡Lee! ¿De dónde ha sacado esta moneda?
Taylor se sobresaltó.
—Bueno... me la dieron anoche... Un pobre diablo que...
—¿Se la dieron? —repitió ella.

—Sí, tal como lo oye.

—El hombre que se la dio no tenía ni idea del valor de esta moneda, a menos que sea una falsificación.

—Es muy antigua, ya lo sé. Del siglo pasado o tal vez del XVIII...
—¡Lee! ¡Es un siclo de plata!

—¿Qué...?
Ella le miró penetrantemente.

—¿Sabe usted que a Judas le pagaron con treinta monedas, exactamente iguales a esta que tengo en la mano?
Taylor se quedó con la boca abierta.
—Oh... Por favor, señorita Dillon, no me gaste bromas pesadas...

Norma le devolvió la moneda.

—No soy una especialista en numismática y puede que se trate de una falsificación, pero, auténtico o falsificado, es un siclo judío. Valía, en aquella época, media onza de plata.

—Bueno, es lo más asombroso que he oído en los días de mi vida —confesó el joven.

—Es difícil saber cómo ha llegado al país, si es auténtico. Y si es falsificado... Lee, ¿me permite un consejo?
—Claro.

—Cuando tenga ocasión, vaya a visitar al profesor Norman Greal —ella sonrió—. Nos llamamos casi igual, con la diferencia de una letra. El profesor Greal es casi la máxima autoridad mundial en numismática. Lo que él dictamine acerca de esta moneda, puede

tomarse como artículo de fe.

—Si fuese auténtica, tendría un valor inmenso, me parece.

—Desde luego. Y los maseos se la disputarían a golpe de cheque... Pero eso está aún por llegar, Lee. ¿Continuamos?
—Si, naturalmente.

Taylor guardó la moneda, acariciándola con los dedos. ¿Cómo podría encontrar al anciano mendigo?, se preguntó.

Sería interesante hablar con él y preguntarle de dónde había sacado aquel siclo de plata, la unidad de moneda que Judas había recibido por el precio de su traición al Maestro.

CAPITULO III

Por encima de su copa, Hohnill contempló a la hermosa mujer que estaba al otro lado de la mesa donde habían cenado. Antonia permanecía erguida, majestuosa, bella como una deidad pagana, los labios rojos ligeramente distendidos en una amable sonrisa. Debía de tener menos de treinta años, calculó el invitado, pero parecía muchísimo más joven. Sólo las firmes líneas de su pecho evitaban que se la considerase como una niña.

Una mujer por la cual muchos perderían la cabeza, pensó. «Y yo el primero», añadió mentalmente.

—¿Van bien sus trabajos, señor Hohnill? —preguntó Antonia.

—Por el momento, no he hecho más que empezar —contestó el huésped —. Pero, ¿está segura de que quiere...?

—Lo estoy.

—El bosque es maravillosamente bello, pero también tétrico. Impresiona.

—Lo sé. Le llaman el Bosque Maldito. Quiero que pierda el nombre.

—No será fácil, se lo advierto de antemano.

—Me imagino las dificultades, pero quiero seguir adelante.

—Para eso estoy aquí, señorita Mawbenee.

Hubo un momento de silencio. Hohnill y la joven se contemplaban recíprocamente. Hohnill se preguntó si valía la pena intentar ciertos avances con Antonia, pero rectificó muy pronto. Era un buen negocio y no podía echarlo a perder por un devaneo que ella, probablemente, rechazaría de plano.

Debía comportarse profesionalmente...

Unos golpes interrumpieron sus meditaciones. Antonia volvió la cabeza. Sonaron voces en la entrada. La sirvienta apareció a poco.

—Señorita, el jefe de policía de Marquaw quiere hablar con usted —dijo.

—Hágalo pasar, Lucille.

La sirvienta se retiró silenciosamente. Hohnill se puso en pie cuando el policía hizo su aparición en el umbral.

Tratábase de un hombre alto, fornido, con cierta tendencia a la obesidad. Sobre la camisa clara, de manga corta, llevaba una insignia de latón. El sombrero, de ala relativa mente estrecha, quedaba en su mano izquierda.

—¿Cómo está, señor Thann? —saludó la joven—. Le presento al señor Hohnill, mi invitado, ingeniero que está realizando determinados trabajos en mi propiedad. Señor Hohnill, Cyrus Thann, jefe de policía de Marquaw.

Los dos hombres se saludaron cortésmente. Antonia, sonriendo deliciosamente, llenó una copa y se la ofreció al visitante.

—Adivino que está usted de servicio, pero también es su propio jefe —dijo—. Y ahora, ¿quiere informarme de los motivos de su visita?

—Con mucho gusto, señorita —Thann tomó un par de sorbos y chasqueó la lengua—. Se trata de un hombre de la población. Spike Hollis. Salió ayer de madrugada y no ha vuelto aún por su casa. Sabemos que se dirigió al Bosque Mald... perdón, a Rickant Forest, porque él mismo lo anunció... Y me gustaría saber si han visto algo de particular. Nosotros

hemos rastreado el bosque, pero es demasiado extenso y demasiado espeso y no hemos encontrado nada por el momento.

—Aquí no hemos visto nada de particular, jefe Thann —contestó Antonia—. Por cierto, el señor Hohnill se ha pasado en el bosque buena parte de la mañana. Quizá él...

Hohnill pensó inmediatamente en el horrible grito que había escuchado. Pero no se sintió con ánimos para relatar el incidente No estaba muy seguro de que no procediese de alguna bestia, y en ocasiones, incluso pensaba en una ilusión, motivada por la lobreguez del ambiente.

—No, no he visto nada —declaró en seguida.

—Bien, lo siento. Disculpen las molestias —dijo Thann—. Por supuesto, Hollis es un individuo detestable y con muy pocas simpatías en el pueblo, pero no deja de ser una persona y mi obligación es averiguar qué le ha sucedido.

—Sin duda, su esposa ha denunciado su desaparición —adivinó Antonia. Thann asintió.

—La señora Hollis teme que su marido haya sido víctima del árbol...

El policía se cortó de pronto, confuso y avergonzado, apreció Hohnill.

—Eso es una leyenda sin fundamento, jefe Thann —dijo ella secamente.

—Lo sé, señorita, pero no puedo evitar las supersticiones de la gente. Perdonen las molestias —se despidió el visitante.

Hohnill y la joven quedaron a solas nuevamente.

—¿Qué árbol es ese que ha mencionado el polizonte? —preguntó él.

—Oh, son historias absurdas... Se dice que hay un árbol que necesita de cuando en cuando sangre de seres vivos... Parece ser que alguien lo maldijo hace muchísimos artos...

—Una historia muy atractiva —sonrió Hohnill—. Pero continúe, por favor.

—Le advierto que yo nunca he visto ese árbol ni estoy segura de que exista. Todos dicen, sin embargo, que el bosque dejará de ser un lugar tétrico y hasta hostil, cuando ese árbol haya sido talado.

—¿Sabe qué clase de árbol es?

—Una higuera... Imposible, señor Hohnill. Una higuera aquí, en un país donde los árboles más comunes son los pinos y los abetos. También hay olmos, hayas y robles, pero en mucha menor cantidad. ¡Una higuera! —repitió Antonia—. ¿Usted lo cree?
Hohnill sonrió.
—Si la viese, creería —contestó.

—Pero hay más todavía... —Antonia meneó la cabeza—. No, no quiero contárselo. Me creería loca, y por fortuna, estoy muy cuerda.

La joven se puso en pie repentinamente.

—Discúlpeme, me duele la cabeza un poco —se despidió con cierta brusquedad. Hohnill se quedó solo. Destapó la botella y llenó su copa nuevamente. Una higuera...

Si, las gentes estaban locas, pensó.

Pero en aquel bosque había algo maligno. El bosque tenia vida propia, aunque estuviese formado por simples vegetales que no podían moverse salvo al ser agitados por la brisa. El bosque tenía vida... y no permitía la existencia de otras vidas en su interior.

Apuró el coñac, repitió la dosis y a poco sintió que el alcohol le proporcionaba una

agradable somnolencia, por lo que se fue a la cama sin pérdida de tiempo.

* * *

—¿Hay noticias de Hohnill?
Taylor meneó la cabeza.

—No sé nada —contestó.
Norma hizo un gesto de disgusto.

—Quedamos en que llamaría después de un par de días, para anticipamos su informe — dijo—. Es un hombre muy competente, de lo mejor en su clase, pero, a veces, un poco descuidado.

—Está en un paraje muy pintoresco, creo —sonrió Taylor, que ya estaba enterado de la misión que se le había confiado al aludido—. Sin duda, querrá vagabundear un poco... El mal tiempo ha cesado y la primavera está en todo su esplendor. Un bosque, en esas condiciones, es algo magnífico.
Norma sonrió.

—Si, eso debe de ser —convino—. Lee, Mike me ha telefoneado. Estará en casa a la hora de la cena. Quiere que nos acompañe.
—Será un placer —accedió el joven.
Ella iba a retirarse ya cuando, de pronto, recordó algo.

—¿Ha visto al profesor Greal?

—Aún no he tenido tiempo. Probablemente, lo haré este fin de semana. Acabo de empezar a trabajar en la casa y no voy a distraer mi tiempo por algo que no corre demasiada prisa.

—Pero puede ser importante. Guarde la moneda con todo cuidado — aconsejó ella. Taylor pensó en el viejo mendigo cuando Norma se hubo vuelto a su despacho. El hombre había acertado de pleno al pronosticarle buena suerte. La había tenido, en efecto. Le habían devuelto un préstamo, cuya restitución ya no esperaba: tenía un magnífico empleo... había podido mudarse a un apartamento, sencillo, pero infinitamente más confortable que el infecto cuartucho alquilado a los Garnett...

Aquel mismo día. una vez terminada la jornada y antes de encaminarse a la residencia de los Dillon. Taylor buscó la esquina en la que había visto al mendigo, con la esperanza de encontrarle de nuevo. No era demasiado optimista y sus deseos no se cumplieron.
El anciano no estaba ya en aquel lugar.

Taylor encendió un cigarrillo con aire pensativo. De pronto, vio que había una cafetería a dos pasos de la esquina.

Entró sin vacilar y se acercó al mostrador. Una atractiva camarera le preguntó que deseaba lomar.
—Whisky, por favor.
—Al momento, señor.

La joven le sirvió el licor. Taylor puso un billete de dos dólares sobre la barra.
—Guárdese la vuelta —dijo.

—Gracias, señor.

Era una muchacha atractiva y simpática, pero con aire de saber mantener a distancia a los moscones, pensó Taylor. Cuando ella iba a guardar el billete, le hizo un gesto con la mano.
—Señorita...
—Christine, pero todos me llaman Chris —sonrió la camarera.

—Bien. Chris, disculpe mi curiosidad... pero quiero preguntarle por el hombre al que vi hace algunos días...
Christine se echó a reír.

—Señor, este local es muy frecuentado. Vienen cientos de personas al cabo del día... Tal vez si me dice su nombre...

—Eso es lo malo, que no sé cómo se llama. Pero no lo vi en el local. Estaba fuera, bajo la lluvia, en la esquina, pidiendo limosna. Yo le di algún dinero... Me he acordado mucho de ese pobre hombre, parecía tan solo y desvalido... Francamente, me gustaría hacer algo por él.

—¿Ha dicho un mendigo que pedía limosna en la esquina?

—Si, y con bastantes años encima, porque tenía el pelo completamente blanco. Vestía con andrajos...

—Lo siento, señor, bebe de equivocarse. No hay jamás mendigos en esta esquina — aseguró Christine.
—Perdone, pero yo le vi y le di unos dólares...
—Seria en otro lugar.

—Chris, disculpe que insista. Estoy absolutamente seguro de que fue en esta misma esquina.

—Mire, señor —dijo la *barmaid,* un tanto impaciente—. Nunca hay mendigos en la esquina. Yo lo sé muy bien: mi novio es el policía del barrio y su capitán les ha ordenado tener la calle limpia de mendigos, maleantes y rufianes de toda clase, ¿lo comprende ahora?
Taylor se quedó parado. Metió la mano en el bolsillo.

No, no había soñado. Aún podía notar el contacto del siclo de plata en las yemas de sus dedos.
Trató de sonreír.

—Tal vez me equivoque, en efecto —dijo—. Perdóneme. Chris, pero nada más lejos de mi ánimo que molestarla a usted. No lo haría ni aunque su novio no fuese policía... o no tuviese novio, cosa más que

difícil con esa carita de ángel.

Halagada por las disculpas y los elogios, Chris se echó a reír.

—Usted tiene cara de buena persona —contestó ella—. Y si dio limosna a un pobre anciano, solo y desvalido bajo la lluvia, hizo una obra de caridad y Dios se lo pagará algún día.

—Gracias. Adiós, Chris.

Taylor abandonó la cafetería. En la calle,
encendió un cigarrillo. Miró hacia la esquina.
No, no se había equivocado.
A metro y medio del suelo, se veía un rótulo pintado con un pulverizador rojo, con

grandes letras: ¡LIBERTAD PARA LA LIBERTAD!

Era una exclamación pintoresca, pero no dejaba de tener su fondo de razón. Sin embargo. Taylor no estaba en aquellos momentos para reflexiones más o menos filosóficas.

Porque recordaba muy bien el rótulo pintado por algún rebelde imaginativo. Y el anciano mendigo había estado allí, sí, en aquella misma esquina.

¿Cuál de ellos se engañaba?

«¿Yo, Christine o su novio?», pensó.

Como no podía dilucidar el enigma, se fue a cenar con los Dillon.

CAPITULO IV

—Si Hohnill no me ha llamado dentro de veinticuatro horas, le despediré —exclamó Mike Dillon.

—No te lo tomes tan a pecho —dijo Norma—. Ya sabes cómo es Ralph —la muchacha se volvió hacia el invitado de aquella noche—. Es un hombre tremendamente activo y muy competente, pero con el defecto de sus inesperadas desapariciones.

Taylor calentaba con las manos una copa de coñac.
—¿Desapariciones? —sonrió.

Dillon tenía la botella en la mano y estaba vertiendo coñac en su copa.

—Si. De cuando en cuando, le da la ventolera y... Bueno, dice que así descarga tensiones. Pero en este asunto no, maldita sea...

—Mike, reprímete —dijo Norma.

—Disculpa. Y discúlpame tú también, Lee. Es que estoy muy nervioso. El asunto es demasiado importante para que Ralph lo eche a perder por darse el gustazo de liberarse de sus tensiones, pasando un par de días con una furcia o emborrachándose en alguna solitaria habitación de un hotel.

—De todas formas, poco podrías hacer ya. El fin de semana es inminente. ¿Por qué no aguardas al lunes? Si, para entonces, no has tenido noticias suyas, puedes hacer lo más conveniente.

—Si os parece, yo podría ir a ver qué le pasa —propuso Taylor—. No tengo nada que hacer, ningún compromiso.

—Gracias, pero creo que lo más sensato es hacer lo que dice Norma. Esperaré hasta el lunes y... —Dillon sonrió de pronto—. Lee, viejo amigo —exclamó—. Fuiste el único que te apiadaste de mi, cuando peor era mi situación. Ahora, ya lo ves, he progresado... y nunca me gustó que me llamaran desagradecido.
—Ya has hecho bastante por mí y no pido más. Mike —contestó el huésped.

Taylor contempló la casa, grande, lujosa, decorada sencillamente,

pero con un gusto exquisito. Si, Mike había sabido prosperar y no cabía duda de que el préstamo que le había hecho fue el punto de arranque para salir del profundo pozo en que estaba sumido.

—Había otros que me estaban mucho más obligados y todos volvieron la cara a un lado, cuando les necesitaba de verdad. No lo he olvidado, créeme, como tampoco olvidé lo que hiciste tú.

—Basta, por favor —cortó Taylor riendo—. Ya hemos comentado suficiente el tema. También tú me sacaste de un grave apuro, cuando recibí tu carta, estaba literalmente sin un centavo.

—Pero con un siclo de plata —le recordó Norma—. ¿Has ido a ver al profesor Greal?

—No he tenido tiempo todavía. Aprovecharé este fin de semana.

—Hazlo. En cierto modo, yo también tengo curiosidad por saber si es una reproducción o se trata de una moneda de la época.

—Ella es aficionada a la numismática. Si es auténtica, te la compraría —intervino Dillon.

—Discutiremos en otro momento —sonrió Taylor—. Espero poder decirte algo el lunes, Norma.

De pronto, una doncella entró en el salón donde habían tomado el café y los licores tras la cena. La sirvienta traía una tarjeta en la mano.

—Señor, el señor Vanderbusch desea ser recibido —anunció—. Aunque le he dicho que no recibe a estas horas, ha insistido, manifestando que es un asunto de gran urgencia. Dillon parpadeó.

—¿Vanderbusch? No le conozco, pero, en fin... Hágalo pasar, Martha.
—Bien, señor.

* * *

El visitante era un hombre muy alto, delgado, pero también fornido, de pelo intensamente negro, terminado en un pico que casi llegaba al entrecejo. Al llegar al umbral del salón, pareció sentirse sorprendido de ver al dueño de la casa en compañía de dos personas.
—Señor Dillon...
—Señor Vanderbusch, le presento a mi hermana Norma y a Lee Taylor, un gran amigo

—dijo Dillon—. Espero que. pese a la urgencia de su visita, el asunto que le trac no sea lo suficientemente importante como para que ellos no puedan quedarse aquí.

Vanderbusch se inclinó profundamente.

—En realidad, casi me alegro de que estén presentes, ya que son personas de su confianza —dijo con grave acento—. Se trata del asunto de Rickant Forest.

—Ah. el bosque...
—En efecto. Le ruego que abandone sus proyectos, señor Dillon.

Hubo un instante de silencio. Dillon miraba a su visitante casi con hostilidad.
—Tendrá algún motivo muy poderoso para decirme una cosa así —respondió al cabo.

—Debo reservarme mis motivos —dijo Vanderbusch—. No obstante, y por el propio bien de todos ustedes, insisto en ello. Abandone el asunto de Rickant Forest.

Sin decir una sola palabra, Dillon se acercó a la puerta y la abrió.

—¡Martha!

La doncella apareció casi al instante.

—¿Señor?

—Martha, tenga la bondad de acompañar al señor Vanderbusch.

—Sí, señor.

Vanderbusch lanzó una colérica mirada al dueño de la casa.

—Se arrepentirá...

—Señor, en honor a mi hermana y a mi huésped, no le doy la contestación que sus impertinencias merecen —dijo Dillon fríamente —. Por favor, márchese.

El visitante se inclinó.

—Debo resignarme a la negativa. Pensé que me atendería, pero veo que estaba equivocado. Buenas noches, señor Dillon. Señorita... señor Taylor...

A Taylor le pareció que la atmósfera de la estancia se había helado súbitamente. Vanderbusch se marchó, sin pronunciar una sola palabra más. dejando tras sí un gélido ambiente y, en la mente del joven, un cúmulo de inexplicables aprensiones.

—¿De dónde diablos habrá salido este pajarraco? —mascullÓ Dillon, mientras volvía a verter coñac en su copa.
—Parecía un vampiro de película —se estremeció Norma.

Sin saber por qué, Taylor metió la mano en el bolsillo y rozó el siclo de plata con las yemas de los dedos. Inmediatamente, se sintió mucho más confortado. Los sentimientos aprensivos motivados por la visita del enigmático individuo desaparecieron en el acto.

—No entiendo por qué Vanderbusch querría que abandonase el asunto de Rickant Forest —masculló Dillon—. Puede ser un buen negocio...

—Será mejor que tengas paciencia hasta el lunes —le aconsejó Norma—. Entonces, con el informe de Hohnill, podrás tomar una decisión en un sentido u otro. Mike.

—Espero que Ralph haya liberado ya todas sus tensiones para el lunes. Si no es así, ya puede ir buscando un empleo y un nuevo socio en otra parte —concluyó tajantemente el dueño de la casa.

* * *

Se echó el sombrero hacia atrás, y paseó la mirada a su alrededor. Por fortuna, llevaba la brújula sujeta a la muñeca derecha y estaba seguro de conservar el rumbo en aquel es-pesísimo bosque.

Hacía sol, pero los rayos llegaban muy atenuados a través de la frondosidad de las ramas. En ocasiones, incluso, sentía frío.

Los árboles estaban vivos. En los pinos podía ver los grandes goterones de resina surgidos con la llegada de la primavera. Pero era un bosque muerto.

Tenía que haber visto pájaros en abundancia, ardillas a millares, algún conejo, zorros, incluso huellas de algún oso... pero no se veía a

ningún animal vivo. Antonia, se dijo Hohnill, no había sabido darle una explicación congruente de aquel enigma.

«O no ha querido», murmuró para sí.

De repente, se notó poseído por una extraña sensación. Había un ser vivo en las inmediaciones.

Incluso creyó oír los sordos latidos de una gigantesca víscera cardiaca. Era un rumor que parecía proceder de las entrañas del suelo, desde algún lugar situado a gran profundi-dad. Aprensivo, se detuvo unos instantes, pero, reaccionando, continuó adelante.

Ganó cien metros más. Súbitamente, se encontró en un gran claro, en cuyo centro había un árbol gigantesco, de unas dimensiones inimaginables. Jamás había visto una casa semejante.

El tronco medía al menos seis o siete metros de diámetro y las ramas primeras empezaban a otros tantos metros de altura, extendiéndose luego a una distancia realmente asombrosa. Algunas eran tan largas que su peso las hacía inclinar se hasta rozar con el suelo.

Hohnill se quedó con la boca abierta.

Era algo increíble. Alguna de las ramas alcanzaba los veinticinco metros de longitud. El punto más elevado de la copa llegaba casi a los treinta.

—Fantástico —murmuró.

¿Era aquél el árbol mencionado por Thann?

Antonia no había querido contarle su leyenda. Pero Hohnill captó en el acto una misteriosa aura de infinita perversidad, que envolvía al árbol invisiblemente, pero casi tangible, a pesar de todo. Un árbol verdaderamente maligno... «Como plantado por el diablo», se dijo.

De repente, cerca del tronco, entre la escasa hierba que crecía en el suelo, divisó unas manchas blancas. También vio algo que brillaba.

Curioso, cruzó el claro. Entonces vio que las cosas blancas eran huesos humanos.

Tragó saliva. Algún desdichado, especuló, se había perdido allí muchos años antes, y todo lo que quedaba ahora eran aquellos huesos mondos...

Una calavera le sonreía sarcásticamente desde un arbusto cercano. Hohnill se sintió acometido por un pánico espantoso.

La otra cosa que brillaba era una hebilla de metal. Se inclinó para recogerla. Un helado escalofrío recorrió su espalda. La hebilla tenía unas iniciales. S.H. Spike Hollis, el sujeto al que buscaba el jefe Thann.

Entonces, era cierto que el árbol necesitaba de cuando en cuando sangre humana...

De pronto, sintió cinc algo le tocaba el hombro.

Instintivamente, apartó aquella cosa de un manotazo. Pero entonces notó el contacto de algo parecido a un cordón grueso.

Volvió la cabeza. El cordel era el extremo de una rama que se apoyaba en el hombro. Aprensivo, volvió a golpear, ahora con más fuerza. El trozo de rama se partió.

Unos goterones de un líquido rojizo cayeron muy lenta mente al suelo. Hohnill sintió que los pelos se le ponían de punta.

Giró sobre sus talones. Entonces vio que las ramas de la higuera se habían inclinado por completo hasta tocar el suelo. Ahora formaban

una especie de jaula intraspasable, como si el árbol mismo se hubiera convertido en una red para cazar a su presa.

Saltó hacia adelante, para romper aquellos ramajes, pero rebotó con violencia, impulsado por una fuerza desconocida. Tambaleándose, trató de huir por el lado opuesto, pero la trampa se había cerrado *por* completo.

Aún conservaba la hachuela con la que, en ocasiones, trazaba muescas en los árboles. Alzó la mano y descargó un golpe en la rama más cercana.

La destral rebotó con fuerza indescriptible. Hohnill sintió que aquel desconocido poder le arrebataba el hacha de la mano, lanzándolo luego, como si fuese un ser inteligente, a través de la red de ramas.

Volvió sobre sus pasos. Treparía por el tronco, alcanzaría la copa y luego, gateando por una rama lo suficientemente larga, llegaría a terreno despejado...

Cuando se acercaba al tronco, vio que más ramas bajaban de las alturas. Dos gruesas como serpientes, se enroscaron en sus brazos y le izaron poco a poco hacia arriba.

Hohnill chilló. Una rama ciñó prietamente su cuello y cortó el grito apenas iniciado. En los últimos instantes de su consciencia, recordó el grito que, sin duda, había sido profe-

rido por Hollis.

Luego, el apretón de la rama se hizo despiadado y dejó de percibir toda sensación. Ya no se enteró siquiera de que su cuerpo era brutalmente oprimido y que la sangre empezaba a brotar por múltiples sitios, y que era ávidamente absorbida por los extremos de las ramas del árbol maldito.

CAPITULO V

Estaba entusiasmado, verdaderamente entusiasmado. Taylor sonreía, mientras contemplaba la expresión de contento del profesor Greal.

—Auténtico, indiscutiblemente. Un auténtico siclo de plata del siglo primero de nuestra era. No hay duda alguna, señor Taylor...
—Profesor, llámeme Lee —rogó el joven.
Greal separó la vista de la lupa con la que había estado examinando la moneda de plata

—¿De dónde la ha sacado usted, Lee?

—Pues... Verá, me la dio un amigo al que hice un pequeño favor... A él no le representaba nada... Yo pensé que sería una medalla conmemorativa...

Greal se mordió los labios.
—Puede que, en efecto, conmemore algo —dijo.

—¿Qué, profesor?

—Extrañamente, este siclo tiene el grabado de un jinete con una lanza. Los hebreos, como usted recordará, no utilizaban imágenes en sus monedas, lo prohibía su religión. Pero sí aceptaban las que acuñaba Roma.

—Ah, está elaborada en Roma...
—Bajo el reinado de Octavio. Recuerde que Jesús nació precisamente en su época.

—Sí, lo sé.
Greal levantó la moneda, sosteniéndola con el índice y el pulgar.

—Es posible que fuesen estas monedas las que se emplearon para pagar a Judas su traición. Los sacerdotes las habrían aceptado en sus intercambios o en los donativos que los fieles hacían al tesoro del Templo, pero no les agradaría demasiado mezclarlas con las auténticamente hebreas. Surgió la ocasión de Judas y se las dieron como pago a su traición.

—Pero Judas las devolvió. Lo dice Maleo en su Evangelio.

—Sí, y los sacerdotes ya no quisieron reintegrarlas al tesoro del Templo y acordaron comprar el campo de un alfarero, que llamaron Hacéldama, que significa «Campo de la Sangre», y que destinaron a cementerio para los extranjeros. Naturalmente, no se conocen detalles del alfarero, pero es de suponer que aceptaría esas treinta monedas, en su calidad de vendedor.

—Sí, donde hay comprador, tiene que haber un vendedor —sonrió Taylor—. De modo que la moneda es autentica.

—No hay duda, amigo mío. Son hipótesis, pero que pueden darse por confirmadas: Roma acuñaba también moneda hebrea. A fin de cuentas, tenía que pagar a sus legionarios y éstos vivían en Judea. Y muchos judíos, al fin y al cabo, el dinero lo puede todo, cerrarían sus ojos a las transacciones hechas con esta moneda que tiene una imagen y el nombre del César. Luego irían a parar al tesoro del Templo...

—Después a Judas, de Judas otra vez a los sacerdotes, al alfarero y... éste, ¿a quién? Greal se encogió de hombros.

—¿Cómo saberlo? —contestó—. La verdad, quizá no sea una de las treinta monedas, sino una de los cientos o miles que acuñó Roma. Pero su autenticidad es indiscutible.

—Un siclo de plata, aquí, en los Estados Unidos —murmuró Taylor, muy pensativo—. No entiendo cómo pudo venir a parar al país, profesor.

—Oh, Colón descubrió América, pero antes que él estuvieron los vikingos. Hay noticias, incluso, de viajes de los fenicios y los egipcios. Entonces. ¿por qué no de los romanos? Roma conquistó Inglaterra. Alguna galera romana viajó al Oeste, arrastrada por las tempestades, y tocó en nuestras costas, los antiguos navegaron mucho más lejos de lo que creemos: lo que pasa es que, hasta Colón, prácticamente no tenemos auténticos testimonios de esos viajes a través del Atlántico.

—Si, pudo ocurrir —convino el joven—. Una última pregunta más. profesor. ¿Cuál es el valor actual de un siclo?

Greal se repantigó en su sillón y juntó plácidamente las yemas de sus dedos.

—Pues verá... Hablamos del valor estrictamente económico, no del histórico, que no se puede justipreciar. ¿Entendido?

—Si, profesor.

—Si hoy se pudieran cambiar siclos por dólares, a los cambios vigentes en cada época, esas treinta monedas de plata equivaldrían a unos ciento veinticinco dólares, ciento treinta, con mucho optimismo.

—¡Qué desvergüenza! —se escandalizó Taylor—. Judas vendió muy barato a su Maestro, profesor.

—Por el mismo precio que un esclavo, Lee —contestó Greal, sin pestañear—. Treinta siclos de plata era los que se pagaban en Judea por un esclavo.

Cuando Taylor se despidió de Greal un poco más tarde, volvió a pensar en el viejo mendigo que le había entregado la moneda. Hubiera dado algo bueno por verle de nuevo y conversar largamente con él...

Durante las noches del viernes, sábado y domingo, acudió diariamente a la esquina. ¡LIBERTAD PARA LA LIBER TAD!, continuaba la «pintada».

Pero el mendigo no apareció.

* * *

Lentamente, silencioso como un gato. Sixtus Vanderbusch tomó asiento a la mesa, frente a la dueña de la casa. —Estuve con Dillon —manifestó.

Antonia no cambió de expresión. Su rostro permanecía impenetrable.

—Traté de convencerle para que no siguiera adelante —prosiguió el hombre, mientras se servía una copa de vino, rojo como la sangre.

—No te haría caso, supongo —dijo ella.

—Posiblemente no. aunque confío en que el fin de semana le haya hecho reflexionar y desista de su empeño.

—¿Lo crees así, Sixtus?

—No estoy seguro. Pero creo que pronto lo sabremos.

—¿De qué forma?

—Si no desiste, enviará a otro en lugar de Hohnill.

—Hohnill no ha regresado aún.

—
Ya
no
volverá.
Ella
se
estremeció.
—Otra vez el árbol maldito...
—Si —contestó Vanderbusch—, Y seguirá ahí, por los siglos de los siglos.

—Tú no vivirás tanto' Sixtus —aseguró Antonia.

—Algún día tendré hijos. Mi primogénito cuidará del bosque, como yo lo estoy haciendo ahora. Como lo hicieron mi padre y mi abuelo...
—Fueron demonios —dijo ella.

—Fueron los cuidadores de la higuera —gritó él—. Y no quiero que sea talada, ¿me oyes?

—Es un árbol maligno. Fue plantado por el diablo. Destrúyelo o te destruirá a ti algún día.

Vanderbusch pegó un puñetazo sobre la mesa.

—¡No! —repitió coléricamente—. Es la deidad tutelar de la familia, nos proporciona suerte, fortuna, salud, muy larga vida...

—A cambio de ser su esclavo, ¿verdad?

—Hay muchos hombres, que son esclavos de otras cosas: el dinero, por ejemplo. Dillon lo es de su negocio. ¿Por qué no puedo serlo yo de la higuera?
—Nadie te arrebatará el cargo, Sixtus, pero me parece que olvidas un pequeño detalle.
—¿Si? ¿Cuál, por favor?

—Tu padre vendió el bosque al mío —Antonia sonrió despectivamente—. Tanto confiaba en el árbol para que le protegiera... y se arruinó por completo en el juego y no gozó de larga vida, porque murió alcohólico. Rickant Forest me pertenece. es legítimamente mío, y yo puedo hacer con el bosque lo que me plazca. Incluso ordenar que lo talen en su totalidad.

—No puedes hacerme eso...

—El bosque no está protegido por ninguna ley del Estado —Contestó ella impasible—. Y la gente de Marquaw, créeme, se sentiría mucho más aliviada si desaparecieran, al menos, la mitad de los árboles. Incluyendo esa diabólica higuera, a la cual adoras tú de una forma repugnante.

—Antonia, por lo que más quieras, no hagas una cosa semejante. Ella se puso en pie con majestuosa lentitud.

—Eres mi administrador, pero no mi dueño. Seguiré adelante con tus proyectos, tanto si te gusta como si no. Y si insistes en tus propósitos, te despediré. Hemos terminado.

Antonia se marchó. Vanderbusch quedó en el mismo sitio, con la mano en torno a una copa.

Una vena latía furiosamente en su sien. Sus dedos se cerraron poco a poco y acabaron por destrozar la copa. La sangre de los cortes se confundió con el vino, pero él no sentía el dolor en absoluto.

* * *

—Bueno —dijo Mike Dillon a mediodía, mientras almorzaban—, está decidido. Ralph no ha dado señales de vida y por mí puede seguir liberando tensiones hasta que se caiga de viejo. Lee, ¿quieres ocupar su puesto?

—Me ofrecí el primer día —respondió Taylor—. ¿Qué es lo que debo hacer?

—Después del almuerzo, ven a mi despacho y te daré instrucciones muy precisas. Mañana puedes salir para Marquaw: total, son doscientos kilómetros, que puedes recorrer en tres horas sin prisas.

—Muy bien. ¿Y después...?
Norma también formaba parte de la reunión.

—Un momento —solicitó la atención de los dos hombres—. Ahora me toca a mi. Taylor y Dillon se volvieron hacia la muchacha.

—¿Qué alocadas ideas bullen en tu encantadora cabecita? —preguntó el hermano irónicamente.

—No emplees lenguaje de novela rosa — contestó ella, picada—. Iré con Lee.
—¿Qué?

—Ya lo has oído. Mike. A fin de cuentas, soy tu socio. Lee puede hacer el trabajo, pero no tomar decisiones sobre el terreno. Si voy yo y se necesita adoptar una decisión que resulte urgente, no perderemos tiempo en consultas. No olvides que estoy perfectamente impuesta del asunto y que lo conozco tan bien como tú.

Dillon extendió los brazos.

—Está bien, no se hable más. Lee, pasa mañana por casa a buscar a esta aventurera. Taylor se sonrojó.

—Temo que no va a ser posible —contestó—. Me vi obligado a vender mi coche, cuando me llegó la época de las vacas flacas.

—No te preocupes, yo pasaré a recogerte con el mío —dijo Norma. Puso los codos en la mesa, juntó las manos y apoyó en ellas el mentón—. Por cierto, ¿qué pasó exactamente para que te despidieran? Porque tú no eres la clase de tipo que se enfada con el jefe y le tira el tintero a la cabeza.

—Había una secretaria que se había chiflado por mi. No, no lo toméis a broma ni como falta de modestia. Pero yo sabía lo que sucedía y la eludía siempre que podía. Hasta que ella me pilló por su cuenta...

Norma se echó a reír.

—No irás a decirnos que quería abusar de ti —exclamó.

—Bueno, poco le faltó. Pero entonces apareció el jefe... y era su favorita... y con la excusa de que estábamos haciendo una escenita en horas de trabajo, se liberó de un competidor. Y ella ha ascendido, claro.

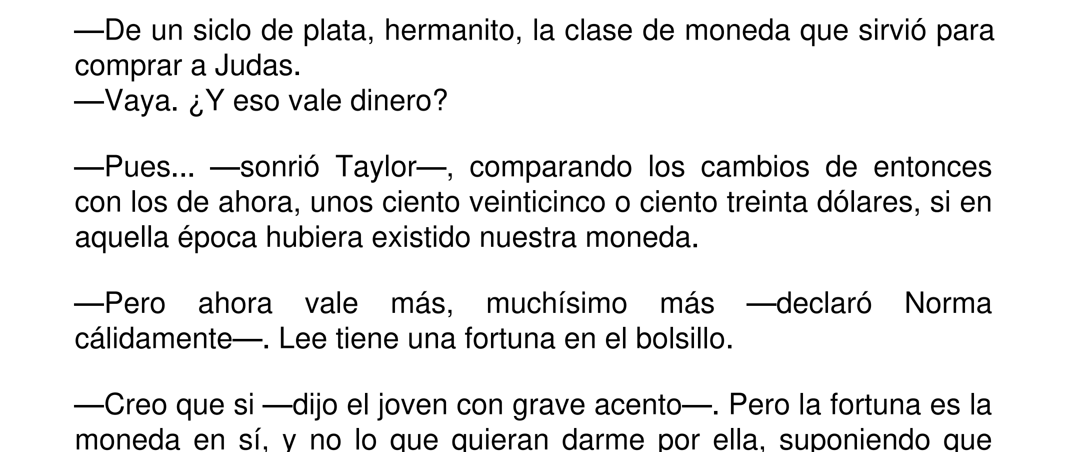
—No lo lamentes, Lee —dijo Dillon—. Ahora tienes un empleo mucho mejor. Estás entre amigos de veras.

—Eso sí que es lo que más vale —contestó Taylor

—Por cierto, Lee —intervino Norma—. ¿Estuviste con el profesor Greal?

—Si. La moneda es auténtica. Norma palmoteó de alegría. Lo presentía —exclamó—. Lee, ¿sabes que eres dueño de una pequeña fortuna?

—¿De qué moneda estáis hablando? —preguntó Dillon.



—De un siclo de plata, hermanito, la clase de moneda que sirvió para comprar a Judas.
—Vaya. ¿Y eso vale dinero?

—Pues... —sonrió Taylor—, comparando los cambios de entonces con los de ahora, unos ciento veinticinco o ciento treinta dólares, si en aquella época hubiera existido nuestra moneda.

—Pero ahora vale más, muchísimo más —declaró Norma cálidamente—. Lee tiene una fortuna en el bolsillo.

—Creo que si —dijo el joven con grave acento—. Pero la fortuna es la moneda en sí, y no lo que quieran darme por ella, suponiendo que quisiera venderla.
Dillon miró el reloj y llamó a] camarero.

—Bueno, dejemos en paz las historias antiguas y vayamos a lo actual, que es lo que nos interesa —cortó la conversación—. Lee, tenemos mucho que hablar.

—Muy bien, tú mandas, Mike.

* * *

El pueblo asomó al salir de una curva y Norma redujo la marcha.

—No tenemos mapas —se quejó—. No encontré ninguno en que se indicase el camino para Rickant Forest...
—Mira, ahí veo el puesto de policía. Podemos preguntar —sugirió Taylor.

Norma frenó. El hombre que estaba en la puerta del edificio les miró con curiosidad. Norma y Taylor se apearon simultáneamente por ambos lados.

—Buenos días —saludó cortésmente la muchacha—. ¿Ten dría la bondad de indicamos el camino a Rickant Forest?
El hombre con la placa continuó mirándoles. Norma empezó a sentirse incómoda.
—Por favor...

—Soy Cyrus Thann, jefe de policía —se presentó el hombre.

—Encamada. Me llamo Norma Dillon. Mi acompañante es Lee Taylor, empleado de mi hermano. ¿Puede...?

—Lo han pasado ya. Está a una milla antes de llegar a Marquaw, a la derecha. Norma se desconcertó.
—No lo vimos —manifestó—, ¿Viste tú algo, Lee?
—No —respondió el joven.

—El bosque es muy espeso y llega hasta el mismo borde del camino —dijo Thann—. ¿Puedo preguntarles a qué van a Rickant Forest?

—Mi hermano quiere hacer cierto negocio con la dueña y ha delegado en nosotros...

bueno, en el señor Taylor, para que hagamos un examen de la propiedad. Además, habíamos enviado a otra persona y no ha vuelto a Nueva York. También queremos saber lo que ha sido de esa persona.

—Bien, no puedo darles muchos detalles —contestó el policía—. No suelo ser visitante asiduo de Rickant, pero no hay otro camino y no podrán extraviarse. La residencia de la dueña está a tres millas al norte.

—Muchas gracias, jefe Thann. ¿Vamos, Lee?
—Sí, cuando quieras.

De pronto, Thann levantó una mano.
—Señorita...

Norma se volvió.
—¿Si?

—¿Piensan ver el bosque? Quiero decir, pasearse por su interior...
—Posiblemente echemos un vistazo. ¿Hay fieras?

—En todo caso, no deberían preocuparse de las fieras.

Miren, yo soy hombre más bien escéptico y no creo en supersticiones, pero aquí la gente piensa que el bosque está maldito y que todo el que se aventura demasiado en su interior no vuelve a ser visto jamás.

Taylor sonrió.
—Supersticiones, me imagino —dijo.

—Hace una semana, un hombre de este pueblo fue al bosque y no ha vuelto a ser visto

—contestó Thann, muy serio—. La gente dice que ha sido el árbol maldito que hay... no se sabe dónde, pero el que lo ve, no vuelve para contarlo.
Norma tuvo que apelar a toda su fuerza de voluntad para no echarse a reír.
—En todo caso, procuraremos evitar ese árbol... ¿qué clase de árbol, jefe Thann?

—Una higuera.
Hubo un instante de silencio. Luego, Taylor agarró el brazo de la muchacha y tiró de ella.

—Lo tendremos presente, jefe —sonrió—. Vámonos, Norma, se nos está haciendo tarde.

CAPITULO VI

Cuando llegaban a la entrada del camino. Taylor emitió un bufido.

—Te hice venir al coche para no seguir hablando con ese estúpido policía de pueblo. Quería burlarse de nosotros —gruñó.
—¿Por qué? A mi me pareció que hablaba en serio...

—No lo creas. Estaba serio, que no es lo mismo, pero la procesión iba por dentro. Tenía ganas de divertirse un poco, como hacen los lugareños con los que vienen de la ciudad.
—De todos modos, no entiendo en qué consistía la burla.

—En la higuera, mujer —Taylor lanzó otro resoplido—. ¿Por qué no eligió una palmera tropical o un naranjo, por ejemplo? Una higuera... en medio de este espeso bosque de coníferas... Sólo a un tipo como Thann podría ocurrírsele semejante broma.

El coche rodaba ya por el camino. Norma contempló las espesísimas hileras de árboles que flanqueaban la ruta. La visibilidad era prácticamente nula a pocos metros del borde.
—Desde luego, este bosque impresiona muchísimo —confesó—. Parece tan lóbrego...

—Sí, en eso tienes razón —convino Taylor—. Pero no es más que la consecuencia de que no ha recibido los «beneficios» de la civilización, y también de la falta de cuidados. Hay demasiada maleza y el propietario debería ocuparse de extirpar todos los arbustos y plantas inútiles. Los vegetales crecen en absoluta libertad... Pero he dicho propietario y es impropio, puesto que la dueña es una mujer.

—En efecto —respondió Norma—. Antonia Mawbenee es su nombre.
—¿La conoces tú?

—No. Fue Mike el que inició todo el asunto. Creo que se encontró con ella hace algunos meses. Pude darme cuenta de que le había impresionado bastante. Por lo visto, *es* una mujer muy bella.

—Quizá está casada y por eso...

—No sé. Mike no me ha dado demasiados detalles en este sentido. Lo único que sé es que Antonia le propuso el asunto y él contestó que trataría de estudiarlo, cuando aliviase un poco el trabajo que teníamos. Ahora había llegado ya la ocasión de hacerlo y envió a

Hohnill.

—Del cual se sigue sin noticias.

—A las ocho de la mañana, que es cuando salimos de mi Casa, aún no se sabía nada, en efecto.

—Bueno, trataremos de solucionarlo nosotros. Con el per miso del tétrico señor Vanderbusch.

—A menos que tenga razones legales, la dueña es Antonia y no podrá impedirnos que cerremos el trato —dijo Norma firmemente.

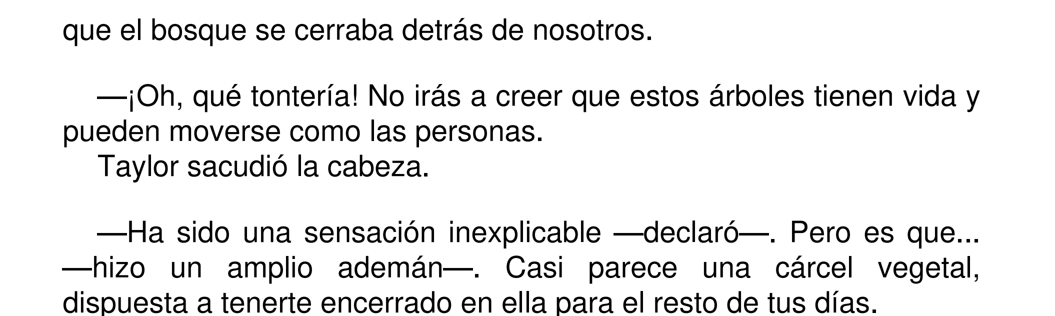
—Estoy de acuerdo contigo —respondió el joven.

Ahora conducía él. De cuando en cuando, miraba por el retrovisor.

Súbitamente, creyó ver algo que le hizo respingar. Casi de forma maquinal, paró el coche.

—¿Qué te ocurre, Lee? —preguntó Norma, extrañada. El joven se volvió y miró hacia atrás.

—No sé —dijo, preocupado—. Supongo que es una ilusión óptica... pero me pareció


que el bosque se cerraba detrás de nosotros.

—¡Oh, qué tontería! No irás a creer que estos árboles tienen vida y pueden moverse como las personas.
Taylor sacudió la cabeza.

—Ha sido una sensación inexplicable —declaró—. Pero es que... —hizo un amplio ademán—. Casi parece una cárcel vegetal, dispuesta a tenerte encerrado en ella para el resto de tus días.

A pesar de su escepticismo, Norma se mostró de acuerdo con su acompañante.

—Si, es un bosque opresivo, fúnebre... No me extraña que le llamen el bosque maldito. Entonces. Taylor reparó en otro detalle.

—Y. además, no se oye un solo pájaro —añadió. Norma escuchó atentamente.

—¿Por qué? —musitó—. Este bosque debería hervir de vida...
—Y parece un bosque muerto, aunque los árboles no estén secos.

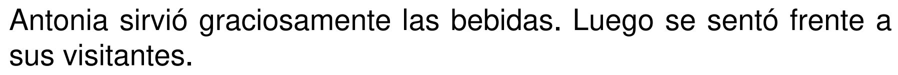
Hubo un ínstame de silencio. Luego, Taylor soltó el freno y dio gas suavemente.
—Vamos, la casa de la dueña no puede estar ya muy lejos.

* * *

Habían sido recibidos por una sirvienta de rosero de piedra y edad indefinible. 1.a mujer les condujo a una sala, elegantemente amueblada, aunque con un estilo ya pasado de moda. Antonia Mawbenee no tardó mucho en llegar.

—Así que usted es la hermana de Mike —dijo, después de los primeros saludos.
—En efecto, señorita Mawbenee...

—Llámeme por mi nombre —sonrió Antonia—. No es muy bonito, pero no veo razón para cambiármelo. ¿Quieren tomar algo?
—Un poco de jerez, gracias.
—Whisky —solicitó Taylor.


Antonia sirvió graciosamente las bebidas. Luego se sentó frente a sus visitantes.

—¿Y bien?

—Antonia, estamos aquí porque no tenemos noticias de Ralph Hohnill. quien vino por causa del asunto discutido entre usted y mi hermano. Debo decirle que Hohnill, aunque competente, también es un poco despreocupado, y en ocasiones, desaparece unos cuantos días. Se divierte a su manera, luego regresa y... Pero ahora la cosa dura demasiado y mi hermano se cansó y decidió prescindir de él.

—Comprendo. Hohnill estuvo aquí, pero se marchó —dijo la dueña de la casa.

—¿Cuándo? —preguntó Taylor.

—El jueves, creo... Si, el jueves.

—¿Regresó a Nueva York?

—Lo ignoro. Yo estaba todavía durmiendo. Pero si se volvió a Nueva York, actuó muy extrañamente, porque sólo había hecho una incursión por el bosque, y la víspera había

declarado que necesitaría varios días más para examinar los terrenos con todo detenimiento.

—Nosotros estamos aquí para realizar esa tarea. Con su permiso, por supuesto —dijo Taylor.
—No hay objeción —respondió Antonia.

—Tal vez ha va un obstáculo.
-¿Si?

—Un tal Vanderbusch. ¿Quién es, señorita Mawbenee? El esbelto seno de la joven se agitó perceptiblemente.

—Mi administrador y apoderado —contestó—. Pero él no puede tomar decisiones...

—Al parecer, las ha tomado. Nos prohibió que siguiéramos adelante con el negocio. Incluso nos amenazó...

El rostro de Antonia expresó asombro e incredulidad simultáneamente.
—¿Cómo? ¿Dicen que les prohibió...? ¡Pero eso significa que fue a verles!

—Ocurrió en mi propia casa, no en las oficinas —terció Norma.

—Vanderbusch no tiene ningún derecho a prohibir nada con respecto a la propiedad. Esta es mía de un modo absoluto. Perteneció a su familia, pero mi padre se la compró al suyo. El hecho de que Rickant Forest haya pertenecido a los Vanderbusch durante generaciones le hace a veces creer que aún es suyo.

—Bien —dijo Taylor—. Admitamos un posible... exceso de celo. Pero eso no basta, creo, para justificar su actitud.

—Circulan muchos rumores acerca del bosque. Para mí, no son más que leyendas y supersticiones estúpidas. Vanderbusch, sin embargo, cree en ellas.

—En todo caso, le agradeceríamos le indicase no ponga

obstáculos a nuestra labor — rogó Norma.

—Pueden estar seguíos de que así lo haré —respondió Antonia—. Y, me imagino, querrán ser mis huéspedes...
—Podemos hospedarnos en el pueblo —apuntó Taylor.

—Oh, no, en absoluto. Hay sitio de sobra en la casa y no me molesta la compañía, sino todo lo contrario.

Taylor tuvo una pregunta en la punta de la lengua. «Entonces, ¿por qué vive en un lugar tan solitario?» Pero supo contenerse a tiempo.
—Iré a buscar el equipaje —sonrió, a la vez que se levantaba.

* * *

Se inclinó para sacar las maletas del portaequipajes y entonces oyó una voz a sus espaldas:
—Vaya, veo que no han hecho caso de mi recomendación.

Taylor se volvió. Vanderbusch estaba delante de él, sombrío, ominoso, a pesar de la sonrisa que permitía ver sus dientes blancos y perfectamente alineados.

—No, no hemos hecho caso —contestó—. Y no tenía por qué ser así, ya que usted no es el dueño de Rickant Forest.

—Dejó de pertenecer a la familia, en efecto, pero no toleraré que corten una sola rama.

—Usted no es quién para impedir nada en la propiedad —dijo el joven con despectiva frialdad—. Tenemos el permiso de la dueña y eso es todo lo que nos interesa.

De repente, el rostro de Vanderbusch experimentó una transformación radical. Taylor creyó que se hallaba ante un demonio. Los ojos del sujeto despidieron llamaradas de ira. Inesperadamente, alargó ambas manos hacia el cuello del joven.

Taylor, sorprendido, se vio inerme, ya que tenía las dos maletas en las manos. Los dedos del sujeto rozaron su cuello, pero, de súbito, Vanderbusch pareció sufrir una descarga eléctrica y rebotó un par de pasos hacia atrás, tambaleándose violentamente, a la vez que lanzaba un agudísimo chillido.

Vanderbusch consiguió recobrar el equilibrio. Su cara aparecía completamente roja.
—¿Qué lleva encima? —gritó.

Taylor se sentía desconcertado. Había notado el roce de los dolos de Vanderbusch en la piel de su cuello, creyendo, por un segundo, que iba a ser estrangulado, pero el sujeto había sido rechazado con enorme violencia, sin que él hiciera el menor gesto para defenderse.

—No sé a qué se refiere...

Vanderbusch le miró atravesadamente durante un segundo. Luego, de pronto, dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas, desapareciendo de la vista del joven en contados instantes.

Profundamente intrigado. Taylor entró de nuevo en la casa y dejó las maletas en el vestíbulo. Al entrar en el salón. Antonia dijo:

—Me pareció haber oído un grito...

—Yo no he oído nada —mintió Taylor, cuyos tímpanos parecían acusar aún los efectos del estridente chillido de Vanderbusch.

—El bosque, a veces, produce sonidos raros —sonrió Antonia—.

Llamaré a la señora Miles para que les enseñe sus habitaciones. Almuerzo a las doce y cena a las siete y media. Les agradeceré procuren sentirse como en su propia casa.

—Muchas gracias —dijo Norma. Antonia se volvió hacia la muchacha.
—¿Cómo está su hermano? Es un hombre muy agradable...
—Demasiado atareado respondió Norma.

—Dígale que no es bueno trabajar tanto. De cuando en cuando conviene dar descanso a la mente.

—Se lo diré, descuide.

CAPITULO VII

Taylor abrió la puerta lentamente y se coló en la habitación sin hacer ruido. Norma le vio, lanzó un gritito de furia y corrió a cubrirse el cuerpo con una bala.

—¡Lee! ¿Es que no sabes llamar antes de entrar en la habitación de una dama? ¿O tal vez querías recrearte la vista...?

—No seas suspicaz —contestó él. Cerró con todo cuidado y avanzó hacia la muchacha— Quería evitar que supieran que había venido a verte.

Ella alzó las cejas.

—No tiene nada de particular. Trabajas para nosotros...

—Prefiero que mi visita pase inadvertida. Quiero contarte lo que me ha pasado con Vanderbusch.

—¿Le has visto? ¿Está aquí?

—Sí.

Taylor relató lo sucedido. Norma se sintió enormemente asombrada.

—¿V dices que quiso estrangularte?

—Bueno, al menos, me echó las manos al cuello. Más bien creo que fue un arranque momentáneo; me habría zarandeado un poco, sin llegar a extremos reprobables...

—Lo que ha hecho es ya bastante reprobable —dijo Norma—. Pero me parece muy extraño. Tal vez se arrepintió de su acción antes de completarla.

—Tal vez, pero, entonces, ¿por qué me preguntó qué llevaba encima?

—No lo entiendo, Lee.

—Tampoco yo. No sentí nada, por supuesto, pero él actuó como si hubiese recibido una descarga eléctrica. Casi me parece haber oído el chasquido.

Sin soltar la bata del todo, Norma alargó el brazo y le tocó el cuello.

—Yo no noto nada. No eres, precisamente, el «hombre- voltio» de los circos. Lee.

—Claro que no. Pero eso me preocupa, Norma. Algo rechazó a

Vanderbusch, una fuerza superior a él, que emanaba naturalmente de m! y sin que mi mente ni mi cuerpo tuvieran intervención alguna.

—Fantástico, ¿no crees? A lo mejor, tienes poderes extraordinarios, sin que tú mismo lo sepas.

—¿Qué poderes puedo tener? —refunfuñó él—. Soy un hombre completamente normal, insensible por completo a los fenómenos mentales...

De pronto, se calló. Norma le miró con interés.

—Sigue, Lee.

—Vanderbusch me preguntó si llevaba algo encima. Lo había adivinado, mejor dicho, sintió sus efectos.
—¿Qué es, por favor?
Taylor sacó la moneda de plata.

—Esto —respondió.
Norma guardó un respetuoso silencio.

Al cabo de unos momentos, Taylor volvió a guardar la moneda.

—Norma, yo no soy supersticioso ni dado a creer en leyendas, pero estoy seguro de que fue el siclo de plata lo que me protegió de Vanderbusch —dijo—. Recuerdo bien las fra-ses del anciano mendigo: «Le traerá fortuna... Consérvelo y le preservará de todo mal.» Ella le miraba fijamente. Taylor forzó una sonrisa.

—De todos modos, nos estamos dejando impresionar demasiado por el ambiente — añadió.
Se acercó a una ventana y contempló el bosque.
—Si, creo que le conviene un buen aclarado —murmuró.

* * *

Le costaba dormirse. Daba vueltas en la cama, pero no lograba conciliar el sueño. Furioso consigo mismo, se levantó a buscar cigarrillos.

La luna penetraba- a través de la ventana abierta de par en par. Había luz suficiente para que Taylor pudiera moverse sin necesidad de encender la lámpara de la cabecera. Con el cigarrillo en los labios, regresó a la cama y entonces, a través de la ventana, divisó la alta silueta que atravesaba el claro.

Movido por la curiosidad, se acerco más al hueco. No cabía duda: era Vanderbusch. Pero lo curioso del caso era el objeto que el individuo llevaba en su mano derecha.

Parecía una barra no demasiado larga, poco más de palmo y medio, y de grueso semejante al de su muñeca. Taylor se preguntó adónde iba Vanderbusch.

De pronto, cuando llegaba al borde. Vanderbusch se detuvo un instante, sacó un fósforo y lo acercó a la barra. Taylor vio entonces que era una vela de color verdoso.

Una vez estuvo bien encendida la vela, Vanderbusch se adentró en el bosque. Taylor tiró el cigarrillo aún apagado y empezó a vestirse con gran apresuramiento.
Pese a la luna llena, en el interior del bosque había muchas zonas oscuras.

A lo lejos chispeaba una lucecita, a ratos amarillenta y a ratos intensamente verde. Taylor corrió, tropezando en ocasiones con

ramas que sobresalían del suelo, tratando de acercarse a Vanderbusch. Un cuarto de hora más tarde, había conseguido ganar bastante terreno. Vanderbusch estaba sólo a cien pasos por delante de él.

Perseguido y perseguidor caminaron durante casi media hora más. Inesperadamente, surgió un claro, en el que Vanderbusch penetró sin detenerse.

Taylor llegó al borde. Allí llegaba mucho mejor la luz lunar, y además, tenía los ojos habituados ya a la noche. Lo que vio le dejó sin habla.

Era un árbol increíblemente grande, de ramas gigantescas. Parecía como si fuese a seguir creciendo indefinidamente, hasta cubrir por completo el planeta.

—La higuera maldita —murmuró para sí.

En aquel instante, Vanderbusch depositaba la vela encendida en el suelo, delante de sí, y luego, arrodillándose, extendió los brazos.

—Atiende mis peticiones —clamó—. Protégeme y traeré alimento para tu cuerpo eterno y sin fin, para que seas más grande cada vez, para que sigas creciendo y domines toda la Tierra. Atiende mis peticiones, árbol de la muerte, pero dame la vida indefinida y la riqueza y la fortuna... Yo evitaré que sufras daños, impediré que este bosque sea

destruido... Dame protección y te traeré alimento...
«Está loco, loco de remate», pensó Taylor.

Vanderbusch continuaba su retahíla de súplicas e imprecaciones, ajeno por completo a todo cuanto le rodeaba, sin variar de postura, completamente inmóvil. De pronto, Taylor sintió como una especie de trueno lejano.

Fue muy breve y el suelo trepidó muy ligeramente. Pero volvió a repetirse a los pocos instantes.

El ruido continuó, incesante, monorrítmico. Taylor recordó en aquel momento una película de temas médicos. Había visto una operación quirúrgica. Los sonidos estaban extraordinariamente aumentados de volumen. A fin de conseguir más interés, se habían reproducido los latidos del corazón del paciente. que resonaban en la sala como golpes a un bombo gigantesco.

Ahora sucedía algo parecido. ¿Qué ser vivía en aquellos parajes, tal vez bajo la superficie?
Repentinamente, la vela se apagó.

Taylor vio que la luz se extinguía por simple consunción. Vanderbusch no había soplado para apagarla.

Presintió que el hombre iba a abandonar aquel lugar y se apartó un poco. Apenas treinta segundos después, Vanderbusch se puso en pie, dio media vuelta y echó a andar.

Taylor le vio a pocos pasos de distancia. Vanderbusch es taba cubierto de sudor. Parecía abrumado, deprimido por algún suceso adverso. Sin darse cuenta de que tenía un observador en las inmediaciones, se adentró en el bosque y desapareció rumbo a la casa.

Taylor aguardó todavía unos minutos. Cuando estuvo seguro de hallarse solo, salió al claro.

Allí casi parecía ser de día. Lentamente, se acercó al monstruoso tronco de la higuera, algunas de cuyas raíces asomaban parcialmente fuera de la superficie. Paso a paso, se acercó, hasta situarse a tres o cuatro metros de distancia.

Entonces vio algo que chispeaba en el suelo. Inclinándose, recogió el reloj, de pulsera metálica. Era de buena calidad. Encendió la

linterna durante un segundo y pudo ver en la cara interior las iniciales: R.H.

De pronto, creyó oír un sonido indefinible, una especie de zumbido muy tenue, que parecía provenir de lo profundo. En el mismo instante, vio que una de las ramas de la higuera descendía hacia él.

La había visto demasiado tarde y la rama tocó su hombro. Inmediatamente, se retiró, levantándose espasmódica mente, como el tentáculo de un ser vivo. Al mismo tiempo. Taylor, aterrado, saltaba hacia atrás.

La higuera pareció quejarse. Taylor estaba seguro de que nadie más que él podía haber captado aquel silencioso alarido que había emitido el árbol. Pero el grito expresaba un dolor insufrible, a la par que una rabia inmensa.

Al cabo de unos minutos, decidió emprender el regreso.

Resultó muy fácil. Creyó podría perderse, pero los árboles, sorprendentemente, parecían abrirle camino. Las ramas se separaban y el suelo se despejaba en línea recta.

Apenas un cuarto de hora más tarde, estaba en la casa. Fue a la cania inmediatamente y se durmió en pocos segundos.

* * *

Alguien tocó en el baño.
—¿Quién es? —preguntó Taylor.

—Norma. Te traigo el desayuno. Se lo he pedido a la señora Miles. Como tardabas tanto...

—Dispénsame; he pasado mala noche... Norma, ¿quieres esperarte? Tengo que hablar contigo.
—Está bien. Lee.

Taylor salió minutos más tarde, envuelto en una bata. Se acercó a la muchacha, la cogió por un brazo y la llevó a la ventana.

—Mira ahí —dijo—. ¿Qué ves, Norma?
—El bosque, claro.

—Pero ¿oyes algo?
Norma trató de escuchar. Al cabo de unos momentos, meneó la cabeza.

—Nada. Lee.

—Los pájaros tienen que cantar en el bosque. Aquí no sucede nada de eso. No hay pájaros. No puede haberlas en un bosque maldito, pero que está vivo.
—¡Lee! —gritó la muchacha—. ¿También tú crees en las leyendas fantásticas?

—¿Leyendas fantásticas? —Taylor rió agriamente—. Te lo contaré mientras tomo el desayuno. Siéntate y abre bien los oídos.
Ella accedió, invadida por una irresistible curiosidad.
—¡Oh, Lee! —exclamó—. ¿No es posible que lo hayas soñado?

—No —contestó él solemnemente—. No ha habido tal sueño. Todo fue realidad. El bosque es algo vivo...
—Todos los bosques lo son, Lee —alegó ella.

—No me entiendes. Los árboles están vivos, son como seres inteligentes que estuviesen arraigados en la tierra. Pero sobre todo, la higuera puede moverse. Vi su rama que se movía, me tocaba en el hombro y retrocedía como sí fuese el tentáculo de un pulpo que tocase las brasas de una hoguera. No estoy loco ni lo he soñado, Norma.

Ella se mostró muy preocupada,

—Tal vez hay fuerzas invisibles en el bosque que impiden se haga lo que deseamos — opinó.
—Hay algo más —dijo él gravemente.
Sacó el reloj y lo puso sobre la mesa. Norma lanzó una exclamación.

—¡Es el reloj de Hohnill!
—Tiene sus iniciales grabadas. Lo encontré al pie de la higuera.

—Habrá sido devorado por una fiera.
—¿En un bosque donde los árboles no permiten otra vida que la de ellos mismos?

—Entonces, ¿qué me sugieres, Lee? Taylor inspiró con fuerza.

—Es demasiado terrible —contestó—. No me siento con ánimos para expresarlo, pero si haré algo para averiguarlo. Norma, puede que a Mike no le guste y me despida; lo

aceptaré sin quejarme. Pero tengo que hablar con alguien que pueda aclararme el misterio. A fin de cuentas, si lo consigo, redundará en provecho de la firma.

—Está bien. Debo suponer que te marchas, ¿no es así?
—Si me prestas el coche...

—Claro.
Taylor se puso en pie.

—No te muevas de la casa, pase lo que pase —dijo—. Vigila a Vanderbusch y... ¿no tienes una crucecita?
—En la maleta, creo.

—Si no la encuentras, hazte una con dos ramitas y cuélgatela del cuello. Creo que será suficiente protección. —Taylor miró a través de la ventana—. Está maldito, pero tal vez es porque este bosque pertenece al demonio —concluyó.

CAPITULO VIII



El alto y voluminoso jefe de policía se acercó a la consola llenó una taza y se la entregó al visitante.

—De modo que quiere saber detalles sobre el bosque —dijo, tras una larga pausa.

—Por lo menos, conocer su opinión, jefe —contestó Taylor—. Incluyendo lo que sepa sobre leyendas, aunque le parezcan fantásticas o poco dignas de crédito.

—Voy a darle un consejo —manifestó Thann—. ¿Por qué no va a visitar al profesor Harwison?

—¿Quién es ese caballero?

Thann dejó a un lado su taza, fue a su mesa, hurgó en una carpeta y acabó sacando una tarjeta de visita que entregó al joven.

—Aquí tiene su nombre y dirección completos. Hable con él, conseguirá mucho más que hablando con un pobre e ignorante jefe de policía de pueblo.

—Señor Thann, usted no es ni pobre ni ignorante. Precavido. en todo caso —sonrió Taylor—. Lo cual, por otra parte. me parece muy bien. Pero, independientemente de que vaya a visitar al profesor Harwison, usted puede contarme algunas cosas. Por ejemplo, detalles sobre Sixtus Vanderbusch.

—No tiene demasiadas simpatías entre la población. Claro que le viene de herencia. Su bisabuelo era un verdadero demonio. Causó estragos, como un verdadero señor feudal. Se decía que había vendido su alma al diablo, y parecía ser cierto, a juzgar por las atrocidades que cometía. En este país, figúrese.

—Era el primero de la dinastía, ¿no?

—Por lo menos, en la comarca. Parece ser que hubo ascendientes, claro, si no no habría nacido... —Thann soltó una risita—. Bueno, quise decir que él tenía cierta herencia con inclinación al mal. Se decía que era hijo de un famoso capitán de barco, que hacía de todo: desde piratear a tratar con negros, sin descuidar el contrabando cuando convenía. Parece ser que fue así cómo consiguió la fortuna que heredó el primer Vanderbusch conocido, esto es, el bisabuelo del actual.

—El señor feudal.

—Exacto. Hasta que un buen día. las gentes de Marquaw se hartaron y le dieron muerte. Lo enterraron en el centro del bosque, en lo más intrincado, y plantaron un árbol para que arraigase en la tierra donde estaba sepultado aquel diablo.

—Una higuera. Thann asintió.

—Fue una idea malhadada. Se dice que el alma de Vanderbusch vive en la higuera y que ésta señorea el bosque... como él lo hiciera en vida con las gentes de Marquaw. No sé qué decirle, yo no creo demasiado en leyendas...

—Es como el que dice que no cree en las brujas, pero que haberlas, las hay —sonrió Taylor.

—Sí, algo debe de suceder allí, en el bosque maldito. Las gentes no van sino en contadas ocasiones y nunca de noche ni en luna llena.

—Pero Hollis fue.

—Por ganar una apuesta.
—¿Una apuesta?

—Era un tipo imprudente. Bebió cuatro copas de más y apostó a que encontraría la higuera maldita y que la talaría —Thann bajó la voz —. Confidencialmente, creo que se marchó del pueblo.

—¿Por qué?

—No me gusta criticar a los vecinos, pero su mujer es una arpía insoportable. Claro que él no era lo que se dice un prodigio de amor al trabajo, pero tampoco pasaban escaseces. Ella le hacia la vida imposible... y quizá decidió levantar el vuelo, utilizando la excusa de la higuera maldita.

Taylor guardó silencio un instante. Pensó en Hohnill, cuyo reloj había encontrado al pie del árbol maldito. Recordó el movimiento tentacular de la rama, que había retrocedido rápidamente al tocarle. Aquella higuera, se dijo, era un ser vivo y vivía de los seres vivos; se lo había oído a Vanderbusch con toda claridad.

Estaba casi seguro de lo que le había sucedido a Hohnill. Y, probablemente, Hollis había corrido también la misma suerte. Pero no se lo podía decir a Thann.

Un reloj de pulsera no era suficiente prueba para demostrar la muerte de una persona. Hohnill podía haberlo perdido y...
Trató de sonreír y se puso en pie.

—Jefe, le doy las gracias sinceramente —manifestó—. Ha sido una conversación muy interesante.

Gracias a usted, señor Taylor respondió el policía—. Mire, yo no he visto jamás esa higuera, pero sé que existe. Y aunque no crea en las leyendas... me gustaría que fuese tala da. Quizá así cesara la maldición que pesa sobre el bosque.

—Maldición lanzada por Vanderbusch, en sus últimos momentos.
—Sí, seguramente.

Taylor hizo un gesto con la cabeza y salió a la calle.

Lucia un sol radiante. Desde allí se podía ver el bosque, que empezaba a menos de mil metros de la población, ateniendo por la suave ladera, hasta la meseta donde se hallaba la casa de la actual propietaria.

La higuera maldita estaba allí. ¿Podrían destruirla algún día?

Cuando iba a subir al coche, sacó la tarjeta de visita y estudió de nuevo la dirección de Harwison. Confiaba en encontrar al científico aquel mismo día.

Arrancó sin prisas. A unos ochocientos metros de la ciudad, divisó un hilo de araña que cruzaba la carretera de lado a lado.

* * *

Fue una visión que duró una décima de segundo. También su mente actuó con enorme rapidez.

Había servido un par de años en los «marines». Le habían enseñado muchas trampas, tanto a ponerlas como a descubrirlas. No había arañas capaces de tender un hilo a través de una carretera relativamente ancha y menos visible desde cuarenta o cincuenta metros de distancia y a uno y medio del suelo.

Primero, frenó.
Las ruedas empezaron a arrojar humo azulado. El coche dio un tremendo bandazo.

Luego se enderezó por sí mismo. Taylor se agachó. Dejaría que el coche fuera donde quisiera. Ya no podía pararlo antes del contacto con el hilo de araña.

El parabrisas rompió aquel hilo. Instantáneamente, sonaron dos horrísonos truenos a ambos lados de la carretera

Taylor percibió el repiqueteo de las postas contra la zaga del coche. Luego, el vehículo se salió del camino, chocó contra un pequeño talud, amenazó con volcar y, al fin, se detuvo.

Lentamente, se incorporó. Había sufrido algunos golpes, pero sin importancia. Los dolores no eran como para gritar.

Abrió la portezuela y se apeó. La parte posterior estaba acribillada. Los cristales habían volado en mil pedazos.

Casi en el mismo instante, oyó el alarido de una sirena. Al mirar hacia el pueblo, vio el coche de Thann, que se acercaba raudamente.
—¿Que ha sucedido? ¿Quién ha disparado un arma?

—Han sido dos, jefe —Contestó el joven—. Alguien me tendió una trampa.

«Quizá porque no confía demasiado en la intervención sobrenatural del diablo, recurre a procedimientos enteramente actuales», pensó. Pero no lo dijo en voz alta.
—Una trampa —repitió Thann, atónito—. Pero ¿cómo? ¿Por qué?
—Ignoro el porqué. Sé el «cómo».

—¿Eh?

—Un hilo metálico a través del camino, el coche que llega y toca el hilo y dos escopetas que se disparan. Eso es todo.

Thann tenía la boca abierta. Miró un instante los agujeros en la carrocería del coche y luego, de pronto, lanzó una exclamación:
—¡Sí, ahí veo el cable!
Y se agachó para recogerlo.

—¡No lo toque! —gritó Taylor.
Thann se volvió hacia él, todavía inclinado.

—Apártese, jefe —aconsejó el joven—. Por lo que más quiera, no toque ese hilo.
—La trampa se ha disparado ya...

—Vamos a comprobarlo. ¿Tiene algún cordel en el coche?
—Creo que sí.

—Tráigalo, por favor.

Thann vino a poco con un rollito de cuerda en las manos. Taylor había encontrado ya los dos extremos del hilo partido por el impacto del coche.

Cuidadosamente, anudó ambos extremos, aunque sin ejercer la menor tensión. Luego ató otro trozo de cordel al nuevo cable así formado, y asió el extremo opuesto.
—Retrocedamos, jefe.

Thann obedeció. Taylor caminó hacia atrás, hasta que notó cierta ligera resistencia en el cordel. Entonces, dio un fuerte tirón.

Sonaron dos estampidos simultáneos. Trozos de hojas y de ramitas volaron a ambos lados del camino. Los ecos de las detonaciones se disiparon rápidamente.

—¡Diablos! —se asombró Thann—, ¿Cómo lo supo?

—Es una trampa doble, destinada a pescar incautos. Si los primeros disparos no le han alcanzado, la víctima sale a ver qué ha pasado. Ve el hilo, se inclina, lo recoge, tira un poco aunque sea sin querer... y se dispara el segundo cartucho de la escopeta. Dos escopetas, en este caso.

—Increíble. Nunca hubiera supuesto...

—Pero hace falta un poco de práctica para que la trampa dé resultado. Debió haber colocado el hilo algo más bajo, así lo habría empujado con el morro del coche y no con el parabrisas. De la primera forma, las cargas de las escopetas, habrían alcanzado directamente a los asientos delanteros, puesto que es preciso tener en cuenta el movimiento del coche. Al colocar el cable más alto, ese movimiento del vehículo hizo que las postas fuesen dirigidas contra el asiento posterior.

Thann se rascó la cabeza, lleno de perplejidad.

—De todos modos, el coche ha quedado hecho una ruina. Si hubiera viajado lleno de gente, se habría producido una carnicería.

—Por fortuna, no ha sido así —sonrió el joven—. Pero dice bien, el coche ha quedado hecho una criba. Veo una rueda deshinchada...
—¿Se marchaba ya o pensaba volver? —preguntó el policía.
—Pienso, volver, seguramente, hoy mismo.

—Escuche, podemos hacer una cosa. Ahora yo me vuelvo al pueblo. Eph Ryles tiene un taller y también alquila coches. Le diré que le traiga uno y que venga a buscar éste, para llevarlo a su taller. ¿Le parece bien?

—Oh, es una idea estupenda —aceptó Taylor. Thann volvió a su automóvil.

—Espere aquí —ordenó—. No deje que nadie toque las escopetas. Luego quiero hacer yo una investigación a fondo de este lugar.

—
Descuide,
jefe

Thann.
El
joven
se
quedó
solo.

Encendió un cigarrillo. ¿Había sido Vanderbusch? ¿Pensaba llevar sus amenazas al terreno de la práctica?

Vanderbusch le había parecido un demonio con figura humana. Confió en que Norma se hubiera construido la crucecita de madera, tal como le había indicado. No era muy afi-cionado a creer en lo sobrenatural, pero, a veces...

* * *

—¡Jefe Thann!
La voz sonó de pronto a sus espaldas sobresaltándole.

Thann se volvió. El hombre en quien estaba pensando, se hallaba a cuatro pasos, en su coche. ¿Cómo diablos había llegado sin hacer el menor ruido?
Vanderbusch sonreía.

—Jefe Thann, creo que he encontrado a Hollis —añadió.
—¿Qué?

—Creo que es él... Bueno, lo que queda de él. Pero usted lo conocía y podrá

identificarlo, al menos por sus ropas. Si tiene la bondad de seguirme, con mucho gusto le guiaré hasta el lugar donde he encontrado esos restos humanos.

—Muy bien, vamos allá. Usted delante, señor Vanderbusch.
—Claro, jefe.

Los dos coches se pusieron en marcha inmediatamente, y entraron por el camino que conducía a Rickant Forest. Dos kilómetros más adelante, Vanderbusch detuvo el suyo, saltó al suelo y movió una mano.

—Por aquí —dijo.

Thann se situó a la derecha del sujeto, con la mano prudentemente colocada sobre la culata de su revólver. Si Vanderbusch trataba de jugarle una mala pasada...

Ahora identificaría los restos de Spike, pensó. Después de todo, aquel pobre estúpido no se había marchado de la población y había ido al bosque, para ganar su apuesta. El diablo la había ganado, se dijo.

Media hora más tarde, Vanderbusch se detuvo en el borde de un claro.
—Allí. jefe.

Thann vio unas cosas que blanqueaban, pero también divisó la gigantesca higuera y se sintió tremendamente impresionado por el aspecto del árbol.
—Fantástico —dijo.
—Es la higuera que las gentes de Marquaw plantaron sobre el cadáver de mi antepasado

—sonrió Vanderbusch

—Confieso que siempre creí que era una leyenda; jamás llegué a pensar que podía ser algo real —dijo el policía.

Estuvo unos segundos inmóvil. Luego, rehecho de la impresión, avanzó hacia el lugar donde se veían aquellas cosas blancas. Una era redondeada, con algunos entrantes y salientes, con dos huecos redondos y oscuros y con una hilera de piezas pequeñas... Eran dientes, vio muy pronto, y componían en la calavera una risa macabra.

Junto a los huesos había algunos jirones de ropa. En cuclillas, Thann los examinó con gran atención. Tendría que preguntarle a la señora Hollis...

De repente, sintió un roce en el hombro. Alzó la vista.

Las ramas de la higuera descendían inexorablemente hacia él, como tentáculos de un pulpo hambriento, anclado eternamente en aquel lugar.

Thann empezó a gritar.

Pero su voz se extinguió muy pronto. Después, se oyó una risa infernal.

CAPITULO IX

Era un hombre menudo, de expresión dulce y sonrisa acogedora. Los cabellos, completamente blancos, formaban como una especie de halo en torno a su cabeza. Taylor se sintió instantáneamente atraído por el aura de bondad que parecía envolver al profesor Melanius Harwison.

—De modo que le envía mi buen amigo, el jefe de policía de Marquaw —dijo Harwison, después de que el visitante hubiera expuesto sus motivos—. Pase, pase, muchacho. Hablaremos de todo lo que usted quiera. No tengo prisa; estoy solo, ¿sabe? Ya me retiré de la Universidad y aunque tengo un ama de llaves para que me atienda, hoy está fuera...

Si no le importa, yo mismo le serviré un poco de té... ¿O prefiere algo más fuerte?

—Me conformo con el té, profesor —respondió Taylor, encantado por la benévola acogida de que era objeto. Había esperado encontrarse con un viejo gruñón y hostil y Harwison resultaba ser todo lo contrario, salvo en la edad. Lo menos debía de tener ochenta años, calculó, aunque se conservaba todavía bastante bien.

Harwison trajo el servicio de té poco después. Llenó la taza del joven, luego la suya y se sentó finalmente.

—Bien, muchacho, puede empezar a hablar —invitó—. Aunque ya me imagino el tema, puesto que le envía el buen amigo Cyrus Thann.

—El bosque maldito —sonrió Taylor.

—Es una leyenda muy extraña —dijo Harwison—. Pero con visos de realidad.

—
¿Lo
cree
usted
así?
El
profesor
asintió.

—He investigado profundamente sobre el caso. Es más, incluso llegué a tener en mi poder diarios privados, que mencionaban la

muerte del bisabuelo del actual Vanderbusch, ocurrida allá por el año mil ochocientos treinta y cuatro.

—Demasiado tiempo para sólo cuatro generaciones —objetó Taylor.

—Tendrían que haber sido seis, pero los Vanderbusch se casaron siempre tarde y tuvieron su primer descendiente a edad relativamente avanzada, entre los cuarenta y cincuenta años. El actual va a cumplir medio siglo y aún está soltero. Lo cual — añadió Harwison con una risita—, no excluye la posibilidad de un bastardo. Pero no hay noticias de que haya tenido un hijo, o ya se sabría.

—Entonces, con él se extingue el aullido.
—A menos que se case y su mujer llegue a concebir, claro.

—¿Habría alguna mujer dispuesta a ser su esposa? Harwison hizo un gesto ambiguo.

—¿Y cómo saberlo? Son cosas tan peculiares...
—Hábleme del bosque, profesor. ¿Qué pasó allí, realmente?

—Las gentes de Marquaw se hartaron de Vanderbusch. Gerald era el nombre, y un día le tendieron una emboscada y le asesinaron. Decían que era un demonio, y por tanto, inmortal. Por la misma razón, no quisieron poner una cruz sobre su tumba. Entonces, alguien tuvo la idea de plantar una higuera en el lugar donde había sido enterrado, en medio del bosque, bien lejos de la población.

—¿Por qué una higuera, profesor?

—Verá, tiene su razón de ser. Recuerde el pasaje bíblico, cuando Jesús encontró una higuera seca y la maldijo porque no había dado fruto.

—Si. lo recuerdo.

—Bien, entonces, alguien pensó que, para evitar que el demonio volviera a caminar sobre la tierra, lo mejor era plantar un árbol maldecido por el Señor. A un diablo, un árbol maldito.

—Ya. ¿Y...?

—Se dice que Gerald Vanderbusch sigue vivo, pero aprisionado por las raíces de la higuera, que le impiden salir de su cárcel subterránea. Pero si está vivo, necesita alimentarse.

Taylor tragó saliva.
—Y la higuera...

—Le proporciona ese alimento, la sangre de sus presas.
—¿Tienen que ser humanas, profesor?

—Bueno, no hace distingos —sonrió Harwison—. Le basta con que sea sangre.
—Entonces, ahora lo comprendo.

—¿Qué es lo que comprende, muchacho?

—La ausencia de todo ser viviente en el bosque. Me refiero a animales: pájaros, ardillas... No hay ni un solo animal en Rickant Forest. Me imagino que será a causa de la higuera.

—Es muy probable, en efecto —convino Harwison.

—En tal caso, si se evitase que la higuera atrapase sus presas... acabaría por morir, esto es, secarse.

—Bueno, puede aguantar mucho tiempo... en ayunas —rió el profesor—. No necesita, como nosotros, alimentarse tres veces al día.

—Comprendo. Y, dígame, ¿no habría una forma de acabar con ese funesto árbol? — inquirió Taylor.

—Francamente, no se me ocurre ninguna idea. El fuego, tal vez... pero podría propagarse al bosque y no es seguro que la misma

higuera repeliese las llamas.

—Tendré que buscar algún método sonrió el joven—. Profesor, aparte de sus investigaciones sobre Rickant Forest, tengo entendido que es usted experto en historiografía bíblica.

—Modestamente, poseo algunos conocimientos sobre el tema —respondió Harwison.

—En tal caso, ¿quiere decirme su opinión acerca de esta moneda? Taylor extrajo el siclo de plata y se lo entregó al profesor.

* * *

Al fin, Harwison dejó la lupa a un lado.

—Muchacho, creo que tiene usted una autentica joya en sus manos —dijo—. Si, es un siclo de plata, genuino... y apostaría mi reputación profesional a que es uno de los que recibió Judas como precio de su traición.

Taylor saltó en su asiento.

—¡No! —gritó.

El profesor movió la cabeza repetidas veces.

—La forma en que llegó a su poder me inclina a creer en esa hipótesis —manifestó—. Verá, es una leyenda antiquísima y muy poco divulgada... Ni siquiera ha podido ser com-probada. Claro, han pasado casi dos mil años desde entonces.

—Hable, profesor —pidió Taylor, vivamente interesado—. Cuénteme 1a leyenda.

—Bueno, usted sabe que los sumos sacerdotes compraron el campo de un alfarero. La Biblia no dice el nombre del vendedor ni da detalles suyos. Pero las monedas estaban malditas, ya que habían servido para pagar el precio de la sangre de Cristo. Ahora bien, podían liberarse de esa maldición, si eran empleadas en hacer una buena obra, desinteresadamente, sin motivos ocultos. Se que veintinueve monedas fueron empleadas de esta manera. No me pregunte cómo, pero lo sé, muchacho.

—Sí. Y ahora sólo queda la mía...

—Tiene que hacer una buena obra. No sé cuál ni le voy a dar un consejo, pero ha de salir de usted. Entonces, la maldición habrá desaparecido.

—Me gustaría saber quién era el hombre que me la dio —murmuró Taylor pensativamente.

Harwison sonrió.

—Usted hizo una pequeña buena obra y el mendigo le dio la moneda. Proporciona la fortuna a sus dueños, pero también la ruina si no saben darle el empleo adecuado. Los que se desviaron del camino recto, acabaron trágicamente.

—Comprendo. ¿Tiene idea de lo que fue de las restantes monedas?

—Supongo que seguirán en poder de sus actuales dueños y éstos, claro está, no van a divulgar el secreto. Sin embargo, sé de uno... No me pregunte quién es, porque no se lo diré. En cambio, sé lo que hizo con la moneda.

—Dígamelo, profesor.

—Si usted quisiera deshacerse de ella, podría venderla a un museo. Le darían enormes cantidades de dinero, se convertiría en un

hombre rico, pero nadie podría garantizarle la felicidad. El hombre del que le hablo desdeñó el dinero, fundió la moneda y se hizo una cruz. No es un hombre rico, pero si el más feliz del mundo.

En aquel instante, Taylor supo lo que debía hacer.

—Gracias, profesor —dijo, profundamente conmovido—. Nunca olvidaré esta conversación.

—Te deseo toda la suerte de este mundo —contestó Harwison.

Cuando abandonó la casa del profesor, Taylor se sentía alegre, ligero, exultante, lleno de optimismo. Ahora ya sabía lo que tenía que hacer.

Media hora más tarde, entraba en la tienda de un antiguo conocido suyo. Después de los primeros saludos, Taylor le expuso sus intenciones.

—Me costará un poco —alegó el amigo.

—No tengo prisa. Mejor dicho, sí la tengo, pero puedo esperar todo el tiempo necesario...

—No es preciso que esperes. Ven mañana.

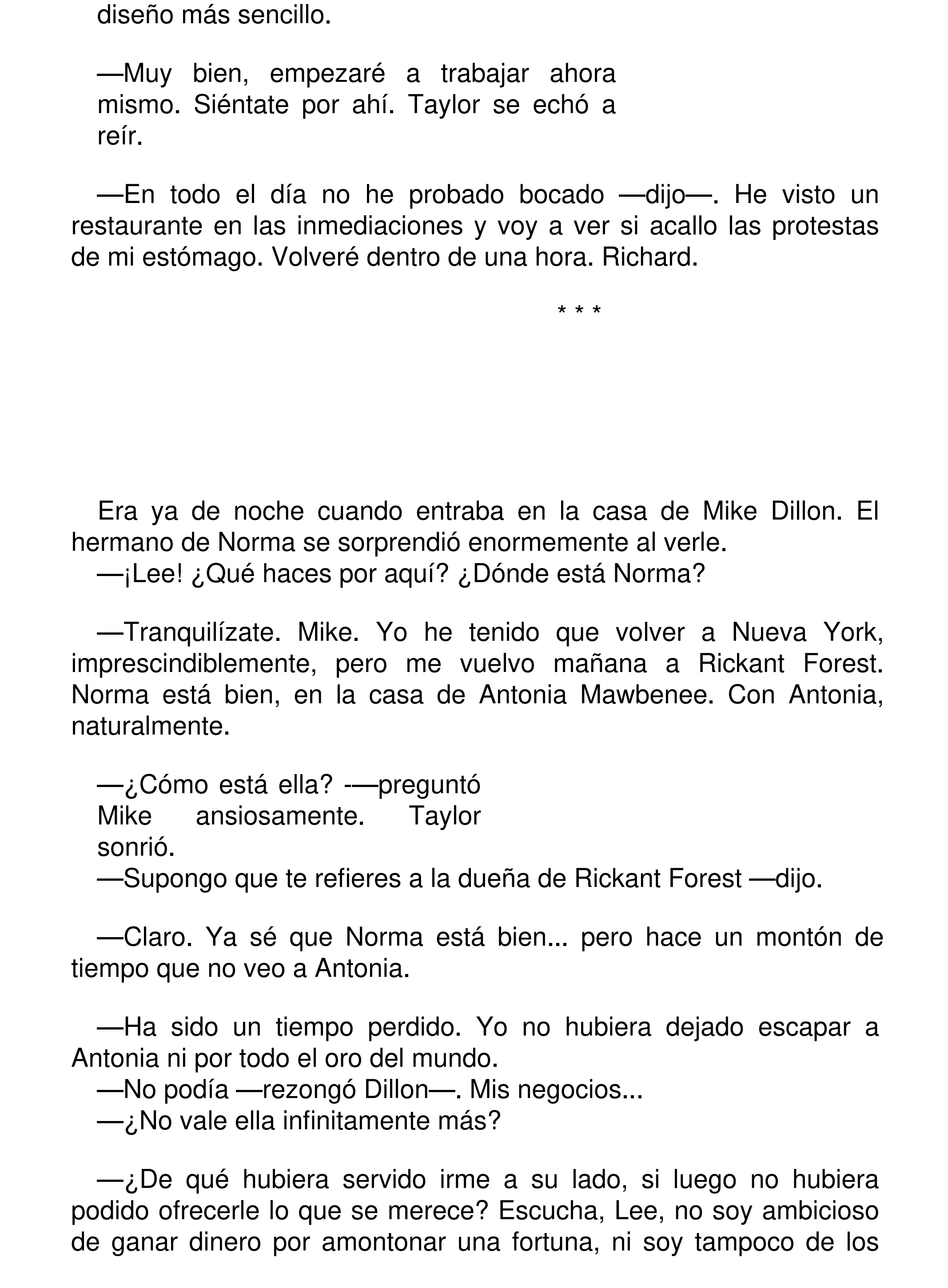
—Imposible. Tienes que hacerlo hoy. «Ahora mismo», Richard.

Richard Warburton, joyero, miró fijamente a su amigo. Luego examinó la moneda.

—Parece antigua, pero es sólo una imitación —Taylor pensó que una pequeña mentira

no importaba demasiado-. Pero la plata es buena...

—Si dispusiera de más tiempo, te haría una bonita joya. Lee...



—Me basta con que represente lo que te he pedido, aunque sea el diseño más sencillo.

—Muy bien, empezaré a trabajar ahora mismo. Siéntate por ahí. Taylor se echó a reír.

—En todo el día no he probado bocado —dijo—. He visto un restaurante en las inmediaciones y voy a ver si acallo las protestas de mi estómago. Volveré dentro de una hora. Richard.

* * *

Era ya de noche cuando entraba en la casa de Mike Dillon. El hermano de Norma se sorprendió enormemente al verle.

—¡Lee! ¿Qué haces por aquí? ¿Dónde está Norma?

—Tranquilízate. Mike. Yo he tenido que volver a Nueva York, imprescindiblemente, pero me vuelvo mañana a Rickant Forest. Norma está bien, en la casa de Antonia Mawbenee. Con Antonia, naturalmente.

—¿Cómo está ella? -—preguntó Mike ansiosamente. Taylor sonrió.

—Supongo que te refieres a la dueña de Rickant Forest —dijo.

—Claro. Ya sé que Norma está bien... pero hace un montón de tiempo que no veo a Antonia.

—Ha sido un tiempo perdido. Yo no hubiera dejado escapar a Antonia ni por todo el oro del mundo.

—No podía —rezongó Dillon—. Mis negocios...

—¿No vale ella infinitamente más?

—¿De qué hubiera servido irme a su lado, si luego no hubiera podido ofrecerle lo que se merece? Escucha, Lee, no soy ambicioso de ganar dinero por amontonar una fortuna, ni soy tampoco de los

que bajan a su sótano todos los días para contar las monedas de oro que guardan en un cofre cerrado bajo siete llaves. Pero tampoco me disgusta la buena vida y las comodidades... Diablos, cuando pienso todavía en lo mal que estaba hace cuatro años...

—Ahora ya estás en la cresta de la ola. O, por lo menos, ascendiendo imparablemente. Detén un poco tu ascensión, dedícale a ella un espacio de tu tiempo. Las cosas te marchan bien, no se estropearán porque abandones el negocio un par de días.

Dillon asintió, sonriendo.
—Me estás proponiendo que vaya mañana a Rickant Forest —dijo.

—Exactamente.
—Bien, iremos juntos. ¿Qué te parece a las ocho de la mañana?

—Las siete, Mike. Dillon suspiró.

—Eres implacable, Lee.
—Antonia lo merece, Mike.

—Si —Dillon se reclinó en la butaca—. La verdad es que yo quise... bueno, no me habría importado en absoluto casarme con ella entonces... y Antonia, estoy seguro, también se había enamorado de mi. Pero me rechazó en cierto modo. Dijo que aún era pronto...

pero nunca explicó las razones.
—¿Algún compromiso anterior?

—No. No está casada ni tampoco se divorció... Francamente, lo ignoro casi todo acerca de ella, pero no me importa lo que sea ni lo que haya podido hacer...
Taylor se levantó.

—A las siete en punto, estaré tocando el claxon ahí abajo —se despidió. Después se fue a la esquina en donde había visto al mendigo.

La pintada seguía en el mismo sitio: ¿LIBERTAD PARA LA LIBERTAD! Sólo que un guasón había añadido algo: ¡Y UN CUERNO!

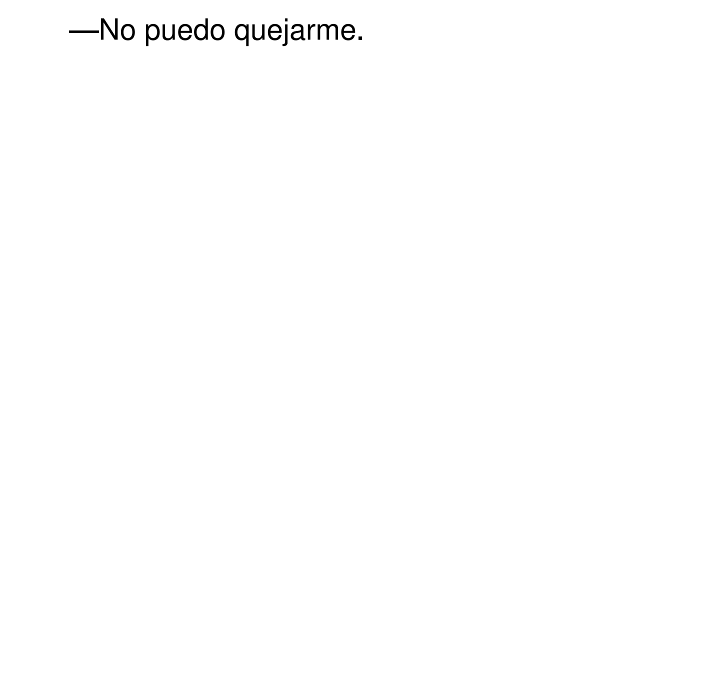
El mendigo no estaba. Decepcionado, Taylor entró en el bar. Christine le reconoció en el acto.

—No he visto a su hombre —dijo, a la vez que le servía un vaso de whisky. Taylor puso un billete de veinte dólares y otro de dos sobre el mostrador. Luego, añadió una tarjeta de visita, con su nueva dirección.

—Chris, si algún día llega a verle, entréguele estos veinte dólares y ESTA tarjeta de visita —pidió.

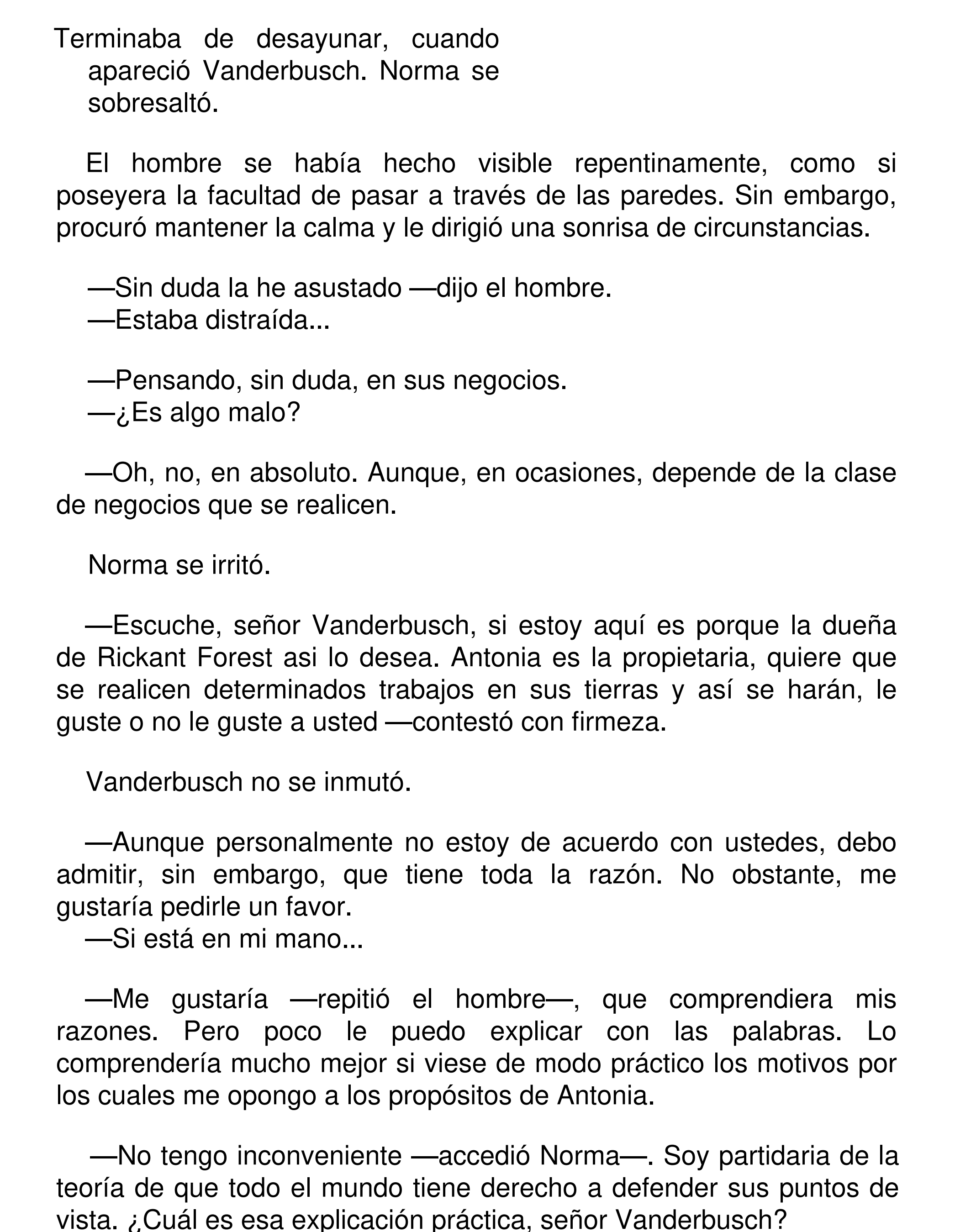
—Descuide, que así lo haré —contestó la *barmaid*—. ¿Debo decirle algo más? Taylor meditó un instante.
Iba a contestar negativamente, pero rectificó y dijo:
—Si le viera, dígale que acertó con su profecía —contestó al cabo.
—Ah, le echó la buena ventura —sonrió Christine.

—Si, algo por el estilo.
—Y, ¿le ha ido bien?



—No puedo quejarme.

CAPITULO X



Terminaba de desayunar, cuando apareció Vanderbusch. Norma se sobresaltó.

El hombre se había hecho visible repentinamente, como si poseyera la facultad de pasar a través de las paredes. Sin embargo, procuró mantener la calma y le dirigió una sonrisa de circunstancias.

—Sin duda la he asustado —dijo el hombre.
—Estaba distraída...

—Pensando, sin duda, en sus negocios.
—¿Es algo malo?

—Oh, no, en absoluto. Aunque, en ocasiones, depende de la clase de negocios que se realicen.

Norma se irritó.

—Escuche, señor Vanderbusch, si estoy aquí es porque la dueña de Rickant Forest asi lo desea. Antonia es la propietaria, quiere que se realicen determinados trabajos en sus tierras y así se harán, le guste o no le guste a usted —contestó con firmeza.

Vanderbusch no se inmutó.

—Aunque personalmente no estoy de acuerdo con ustedes, debo admitir, sin embargo, que tiene toda la razón. No obstante, me gustaría pedirle un favor.
—Si está en mi mano...

—Me gustaría —repitió el hombre—, que comprendiera mis razones. Pero poco le puedo explicar con las palabras. Lo comprendería mucho mejor si viese de modo práctico los motivos por los cuales me opongo a los propósitos de Antonia.

—No tengo inconveniente —accedió Norma—. Soy partidaria de la teoría de que todo el mundo tiene derecho a defender sus puntos de vista. ¿Cuál es esa explicación práctica, señor Vanderbusch?

El hombre se inclinó profundamente.

—Un paseo por el bosque —dijo

—. Yo seré su guía. Norma tomó el último sorbo de café y se puso en pie.

—Está bien. Voy a ponerme ropas adecuadas —contestó—. ¿Quiere aguardarme quince minutos?

Vanderbusch volvió a hacer otra reverencia.

—Estaré en la entrada —declaró.

Un cuarto de hora más tarde. Norma se dispuso a salir de su habitación, ataviada con pantalones y botas fuertes. Llevaba un chaleco de piel, sobre la camisa a cuadros, y se cubría la cabeza con una gran boina de color marrón fuerte.

Antes de salir, sin embargo, rozó con las yemas de los dedos la crucecita de madera que se había construido la víspera con dos trocitos de listón que había encontrado en el cobertizo de las herramientas.

Las maderas estaban unidas por un hilo azul, que había sacado de una caja de costura. Un cordón del mismo color, que pasaba por un agujero hecho en la parte superior del trozo más largo, servía para colgar de su cuello el símbolo que debía protegerla de todo

mal.

Porque en aquellos parajes reinaba el mal. El diablo habitaba en aquel bosque.

Parecía ridículo creer en una cosa semejante, pero Norma estaba segura de que todo lo que sucedía allí era obra del diablo.

El diablo era el dueño y el amo y señor del bosque, y no Antonia Mawbenee. La maldad flotaba en el ambiente.
Casi se podía palpar, como si fuese un objeto sólido.
Resuelta, descendió al vestíbulo. Vanderbusch aguardaba en la entrada.

—¿Lista?
—Estoy dispuesta.

—Venga, le enseñaré algo curioso.

* * *

Norma llegó al borde del claro, vio la higuera y se sintió estupefacta y abrumada a un tiempo.

Del suelo brotaban sordos latidos, oscuras vibraciones que se transmitían por su cuerpo, desde los pies a la cabeza. No soplaba una brizna de aire, ni se escuchaba el menor sonido de los pájaros.

—¿Se atrevería usted a talar un árbol de esas características? —preguntó Vanderbusch. Norma dudó.

En California estaba prohibida la tala de sequoias. No creía, sin embargo, que hubiese una sequoia con el tronco tan grueso como el de aquella higuera.

—Véala más cerca —sugirió Vanderbusch—. Contémplela a su sabor. Asi comprenderá mis puntos de vista.
—Pero Antonia quiere...

—Es una mujer inexperta. No sabe bien lo que quiere. Norma

apretó los labios.

Lentamente, avanzó unos pasos y se situó a una docena de metros de la gigantesca higuera, algunas de cuyas ramas pendían directamente sobre su cabeza.

De pronto, notó una extraña vibración, muy tenue, apenas perceptible, como si algo se moviera en el seno de la tierra. Casi en el mismo instante, percibió un contacto en el hombro.

Volvió la cabeza.

Una de las ramas de la higuera se había posado sobre el hombro, muy cerca de su cuello. Pero casi en el mismo instante, la rama se elevó con brusquedad.

Norma lanzó un grito de terror y retrocedió a la carrera, pálida, tremendamente alterada.

Apenas se dio cuenta de que el rostro de Vanderbusch se había convenido en una máscara de furor indescriptible.
—Esa... esa higuera está viva... Es un ser vivo... —jadeó la muchacha.

Vanderbusch hizo un esfuerzo y sonrió.

—Sufre usted de alucinaciones, señorita Dillon —contestó—. Los árboles están vivos, pero no en el sentido que ha querido usted darle a la frase. La rama, simplemente, era larga y cedió un poco.
—Sí, pero se levantó de nuevo.

—Es lógico. Toda rama de árbol oscila arriba y abajo... Bien, ¿qué me dice de lo que ha visto?

—Es un lugar horrible —exclamó Norma con voz crispa da—. Por nada del mundo querría vivir aquí. Y si el bosque fuera mío, haría cortar inmediatamente esa higuera.
—¿Qué beneficios esperaría conseguir?

—¿Qué beneficios puede ofrecer un árbol que no da fruto? Señor Vanderbusch. estoy cansada. ¿Quiere guiarme de nuevo a casa?

—Será un placer, señorita Dillon. Norma echó a andar.

Detrás de ella, los ojos de Vanderbusch despedían un fulgor diabólico, en el que se expresaba una rabia infinita.

Cuando llegaban a la casa, Norma, que no había despegado los labios en ningún momento, se volvió para dar las gracias a su acompañante.
Se quedó sorprendida. Vanderbusch había desaparecido.

Al cabo de unos instantes, reanudó la marcha. Una vez en la casa, volvió a recibir una nueva sorpresa: su hermano Mike estaba hablando con Antonia.

* * *

—Si Vanderbusch se opone, debe de tener buenas razones para ello —opinó Dillon. Taylor formaba parte del grupo que discutía la cuestión.

Antes de dar su opinión, se levantó, fue hacia la puerta, la abrió y

volvió a cerrar con llave.
—¿Tienes miedo de que nos escuchen? —sonrió Norma.

—No me fio de Vanderbusch —contestó él—. Mike, no te lo he querido decir durante el viaje, porque esperaba contarlo aquí, delante de todos. Sé por qué Vanderbusch no quiere que se toque el bosque y, muy especialmente, la higuera. Os lo contaré todo, repito, pero me parece que hay algo que ignoramos, que ha impedido hasta ahora que Antonia pueda llevar a cabo sus propósitos. ¿Me equivoco?

Taylor tenía la vista fija en la dueña de la casa y la vio enrojecer súbitamente.

—¿Es cierto lo que dice Lee. Antonia? —preguntó Dillon. Ella bajó la cabeza.
—Querría hacerlo... pero no puedo.
—¿Por qué? —se extrañó Norma.

El pecho de la joven se agitó con violencia, pero siguió callada.

—Confía en nosotros —exclamó Dillon—. Si estás en un apuro, te sacaremos de él cueste lo que cueste.

—No puedes haber hecho nada malo —dijo Norma, con gran vehemencia—. Y. aunque así fuera, callar no da buenos resultados. Antonia, tienes unos buenos amigos que somos nosotros, y todos estamos dispuestos a ayudarte con absoluto desinterés. Aunque luego desistas de tus proyectos de encargarnos el trabajo que deseas hacer en el bosque y se lo encomiendes a otra firma.

—Norma ha hablado por mi también —dijo Dillon, Antonia inspiró con fuerza.

—Ocurrió hace bastante tiempo... Fue... un negocio que fracasó. No sé cómo se las arregló, pero puede parecer que fue una estafa... Y él tiene todos los documentos. Además, perdí casi toda mi fortuna...

Taylor se inclinó hacia adelante.
—¿Guarda él esos documentos?

—Si.
—Es decir, si los recuperases, dejaría de molestarte.

—Bueno, no exactamente...

—Lo que Lee quiere decir *es* que carecería de poder alguno sobre ti — intervino Norma con su vehemencia de costumbre. Se volvió hacia el joven—. Ahora me explico dos cosas, Lee.
—¿Si? —sonrió Taylor.

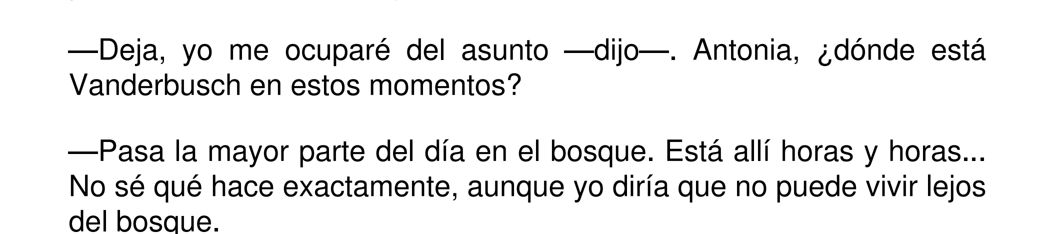
—Primero, Antonia no puede despedirle, aunque lo desearía más que nada en este mundo. Y, segundo, de esta forma Vanderbusch se garantiza su continuación en las tierras que un día pertenecieron a sus antepasados.

Taylor asintió con repetidos movimientos de cabeza.
—Y así puede «alimentar» a «su» higuera —murmuró.

Norma conocía la escena presenciada por el joven y se estremeció, recordando cuán cerca había estado a punto de ser atrapada por las malignas ramas del árbol diabólico.
—Antonia, ¿sabes dónde guarda Vanderbusch esos documentos? — preguntó Dillon.
—En su despachó. Hay una caja fuerte, pero sólo él conoce la combinación...

—Yo conozco a un experto. Haré que venga y nos abrirá la caja, sin

permiso de su dueño. Taylor extendió un brazo.



—Deja, yo me ocuparé del asunto —dijo—. Antonia, ¿dónde está Vanderbusch en estos momentos?

—Pasa la mayor parte del día en el bosque. Está allí horas y horas... No sé qué hace exactamente, aunque yo diría que no puede vivir lejos del bosque.

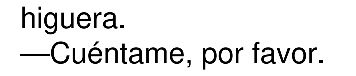
—El bosque es su vida —murmuró Taylor pensativamente—. Pero es la vida de un demonio.

De pronto, se puso en pie y agarró la mano de Norma.
—Ven —dijo.

Los dos jóvenes salieron de la estancia. Taylor sonrió.

—Hay que dejar solos a los enamorados —añadió. Los ojos de Norma chispearon.

—Nada me gustarla más que ver a Mike casado con Antonia —manifestó. Luego, agarró la mano del joven y le miró al fondo de las pupilas—. Lee, tenías razón. La cruz me protegió. Creo que... Vanderbusch me llevó al bosque... para que alimentase a la


higuera.
—Cuéntame, por favor.

Minutos más tarde, Taylor estaba enterado de lo ocurrido.

—Es un monomaniaco —calificó—. Pero astuto e inteligente... o no estaría poseído por el demonio.
—¿Lo crees así?

—Norma, en este asunto hay aspectos sobrenaturales que quizá no lleguemos a comprender jamás. Sin embargo, no cabe duda de que Vanderbusch padece una sicopatía maligna y que, en su caso, pienso que está inspirada por el mismo diablo. Por el antepasado que yace bajo la higuera y que sigue viviendo en ésta.
La joven sintió un helado escalofrío.

—Si, parece un ser vivo... Entonces, los que mataron a Gerald Vanderbusch y plantaron la higuera sobre su tumba, cometieron un terrible error.

—Cierto, aunque ellos no lo sabían entonces. Creyeron que era la mejor solución, cuando lo más acertado hubiera sido quemarlo en una pira funeraria, y rociar las cenizas con agua bendita, para expulsar definitivamente al demonio. Sin embargo, yo creo haber encontrado la forma de combatir al Maligno.

—¿Cómo, Lee?

—Ya lo sabrás. Ahora, vamos a ocuparnos de otro asunto más perentorio. Ven, acompáñame, por favor.

CAPITULO XI

Taylor encontró muy pronto la caja fuerte.

Durante unos momentos, la examinó con gran atención, contemplado expectantemente por la muchacha. Luego abandonó el despacho y pasó a la estancia situada al lado opuesto de !a pared en que se hallaba empotrada la caja fuerte.

Al cabo de unos minutos, sonrió.

—Norma, busca a Antonia y a tu hermano. Salid fuera de la casa y vigilad atentamente el espacio que hay alrededor. Si alguno ve venir a Vanderbusch, que me avise inme-diatamente.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó ella.
—Un poco de paciencia, encanto.

Taylor fue al cobertizo de las herramientas de jardinería, y rebuscó entre las que había allí, hasta dar con las adecuadas. Momentos más tarde, empezaban a sonar fuertes golpes de pico.

Media hora después, había puesto al descubierto la cara posterior del cofre fuerte. Estaba sujeta con una serie de tuercas empernadas y empezó a manejar la llave inglesa de que también se había provisto.

Al fin, el interior de la caja fuerte quedó al descubierto. Entonces se asomó a una ventana. Norma estaba a treinta pasos de la casa y le hizo unas señales con la mano.
La muchacha acudió corriendo.
—¿Lee?

—Llámalos.
Elia asintió. Momentos después, las dos mujeres y Dillon entraban en aquella estancia.

—¡Lo has conseguido! —exclamó Dillon.
Taylor señaló la desventrada caja fuerte.

—Antonia... —invitó.
Mientras la joven examinaba los documentos, él fue a la cocina y pidió

una escoba.

—Es preciso barrer bien el suelo —dijo a su regreso—. Antonia, ¿cómo taparemos el hueco?
—Puedo colgar un cuadro...

—Está bien, pero de los del primer piso. ¿Tienes alguno en tu habitación? El no entra allí, supongo.
Antonia se ruborizó.
—No se lo he consentido jamás —contestó.

—Mike, ya sabes lo que tienes que hacer. Norma, empieza a barrer. Mientras voy en busca de un saco para llevar los escombros fuera de la casa.

Una hora más tarde, la estancia había recobrado su apariencia normal, excepto por el cuadro que ocultaba el hueco abierto por Taylor con el pico.
—No creo que venga mucho por aquí —dijo al terminar.

—En todo caso, no pasaría de hoy. Pienso despedirlo esta misma noche —declaró Antonia, tajantemente.
—¿Mc permites un consejo?
—Si, claro...

—Quema esos documentos inmediatamente. Es un hombre muy astuto, podría quitártelos otra vez y estaríamos de nuevo en la misma situación.

—Ahora mismo. Lee.

Había una chimenea en aquella estancia. Antonia puso los papeles en el hogar. Dillon les arrimó la llama de su encendedor.
—Ahora si que estás libre —sonrió.
—Todavía no —contradijo Taylor.

Los tres se volvieron a mirarle. El joven añadió:

—Antonia, y quizá también nosotros, sólo seremos libres cuando la higuera maldita sea arrancada del lugar en que se encuentra.

Hubo un profundo silencio, roto inesperadamente por el sonido de un claxon de automóvil.

* * *

El recién llegado era joven y vestía de uniforme con una estrella en el pecho.

—Soy Brian Cuthbert, ayudante del jefe Thann —se presentó—. El jefe ha desaparecido. Taylor respingó.

—Pero... no es posible... Estuve ayer hablando con él; eran apenas las nueve de la mañana...

—Lo sé, y él me contó lo que le había sucedido a usted. Volvió después para recoger las escopetas y ya no ha vuelto. He encontrado su coche medio escondido entre unos arbus-tos, a un kilómetro de la casa, pero ni el menor rastro suyo. Sinceramente, pienso lo peor.

—Aquí no ha estado, señor Cuthbert —intervino Antonia. El ayudante hizo una mueca de disgusto.
—Tal vez se haya perdido por el bosque... O quizá...

Cuthbert no se atrevía a expresar lo que sentía. Taylor, por su parte, presintió la verdad, pero tampoco se sintió con ánimos para decirlo.

—En este bosque es fácil perderse, pero, a fin de cuentas, uno se puede orientar aunque sea por el sol —dijo.

—Seguiremos buscando —manifestó el ayudante—. Acaso sufrió una mala caída y no puede moverse... Tampoco puede encender fuego para hacernos señales, porque se quemaría el bosque y él ardería vivo... Gracias, de todos modos.

Cuthbert se marchó. Después, hubo un oscuro silencio, que Taylor fue el primero en romper.

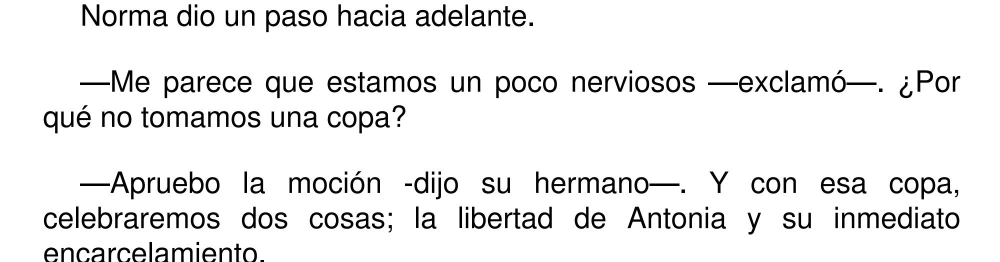
—Está decidido —dijo—. Mañana destruiré la higuera.

—¿Con dinamita? —preguntó Dillon. Taylor se volvió hacia su amigo.

—Lo que yo tengo posee una fuerza infinitamente superior a la del más potente explosivo —contestó gravemente.

—Pues... como no sea una bomba atómica... —sonrió Dillon.

—La bomba atómica también es un explosivo.



Norma dio un paso hacia adelante.

—Me parece que estamos un poco nerviosos —exclamó—. ¿Por qué no tomamos una copa?

—Apruebo la moción -dijo su hermano—. Y con esa copa, celebraremos dos cosas; la libertad de Antonia y su inmediato encarcelamiento.

—¿Eh? — respingó Taylor.

—Vanderbusch será despedido esta noche. Esto es la libertad. Y antes de una semana. Antonia y yo nos habremos casado. Esto es...

—Basta, no sigas —rió el joven—. Felicidades a los dos. Norma abrazó a la dueña de la casa.

—Te deseo toda la dicha del mundo —murmuró.

Pero, interiormente, sabía que ni Antonia, ni ninguno de los presentes, podrían gozar de tranquilidad mientras no hubiese sido destruido el terrible enemigo que moraba en el bosque.

* * *

Vanderbusch se hizo visible a la hora de la cena y compareció vestido atildadamente y con cierto aire de satisfacción que no podía ocultar.

—Está muy contento, supongo —dijo Dillon.

—No puedo quejarme —respondió Vanderbusch—. Creo que conseguiré al fin. que Antonia desista de sus proyectos.

—Estás equivocado, Sixtus. Antes de un mes comenzarán los trabajos en el bosque — aseguró la dueña de la casa.

El ambiente pareció congelarse de súbito. Vanderbusch miraba a Antonia, sin dejar de sonreír.

—Estás de broma —dijo.

—Nunca he hablado más en serio. Sixtus.

—No puedes hacerme eso. Podrías tropezar después con grandes dificultades...

—Amigo Vanderbusch —terció Dillon calmosamente—, lo que mi prometida quiere decirle es que...

—¡Su prometida! —rugió el hombre—. ¿.He oído bien, Antonia?

—Sí —contestó la aludida—. Mike me ha pedido que sea su esposa y yo he accedido a ello.

—Y lo que mi prometida quería decirle, si me permite continuar, es que ya no tendrá dificultades, porque las que podrían sobrevenir a causa de ciertos documentos, han desa-parecido —dijo Dillon sin perder la calma.

Taylor y Norma callaban.

Aunque en cierto modo implicados, la discusión, sin embargo, era exclusivamente de los otros tres. Taylor observaba atentamente a Vanderbusch y vio una vez más aquel enrojecimiento de sus facciones.

—Es decir, has encontrado los documentos.
—Sí —admitió Antonia.

—¡No conocías la combinación de la caja fuerte!
—La he abierto yo —dijo Taylor.

Vanderbusch se volvió hacia el joven, como picado por un áspid.

—Habrá empleado, tal vez, explosivos. Taylor se tocó la frente.
—He empleado la inteligencia —contestó impasible.
—Antonia, nunca me imaginé que pudieras emplear a un ladrón de cajas de caudales...

—Sólo extraje de esa caja los documentos que pertenecían a la señorita Mawbenee — declaró Taylor—. Todo lo demás está allí, absolutamente respetado, sin que haya tocado nada, ni siquiera para ver lo que había por simple curiosidad.

Vanderbusch trató de conservar la calma.

—Antonia, ¿te has parado a pensar que podía tener copias de esos documentos? — preguntó.

—Si eso fuera cierto, cosa que dudo —se anticipó Dillon a contestar a su prometida—, yo la defendería con todas mis fuerzas y haría lo imposible por evitar los conflictos que usted vaticina. Pero una cosa es segura: ella le ha despedido y usted tiene que marcharse de esta casa.

—Y nosotros le apoyamos —dijo Norma.

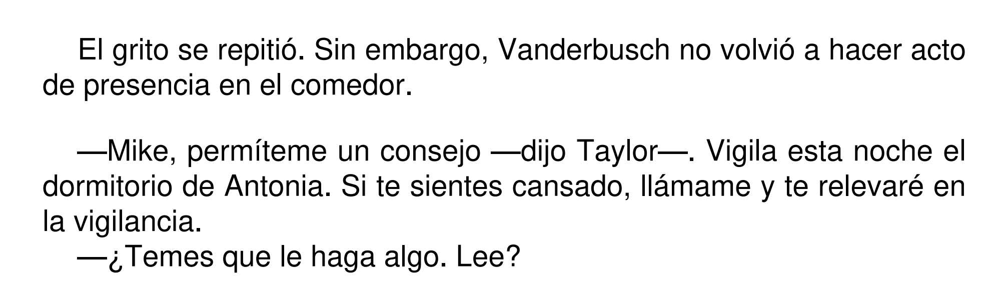
Vanderbusch miró sucesivamente a todos los presentes. Luego, de pronto, arrojó la servilleta sobre la mesa y se puso en pie.
—¡Aún no he perdido! —gritó.

Giró sobre sus talones y echó a correr. El silencio se abatió sobre el comedor unos instantes.

De repente, se oyó un agudo alarido de rabia.
—Ya ha abierto la caja —advirtió Taylor.

Dillon puso la mano encima de la de Antonia, como para infundirle ánimos. A los pocos momentos, se oyó crujido de maderas que se

astillaban.



—Ha tirado el cuadro al suelo —dijo el joven.

El grito se repitió. Sin embargo, Vanderbusch no volvió a hacer acto de presencia en el comedor.

—Mike, permíteme un consejo —dijo Taylor—. Vigila esta noche el dormitorio de Antonia. Si te sientes cansado, llámame y te relevaré en la vigilancia.

—¿Temes que le haga algo. Lee?

—Prefiero que tomes precauciones. No me sentiré tranquilo hasta que ese individuo haya desaparecido definitivamente de estos parajes.

—Vigilaré, descuida —contestó Dillon. Norma lanzó un suspiro.

—Me siento un poco mejor, pero aún no estoy tranquila por completo —manifestó—. Por fortuna, sólo son unas cuantas horas. Una noche se pasa pronto.

Arriba, en el piso superior, se oyeron algunos ruidos.

Taylor supuso que Vanderbusch estaba preparando su equipaje. Se iría con el alba, pensó, y todos respirarían, definitivamente liberados de aquel siniestro individuo.

Pero su labor no había terminado aún, se dijo. Era preciso destruir la higuera maldita. Tenía el arma que necesitaba, pensó, mientras tas yemas de sus dedos rozaban el trozo de metal oculto por la camisa y que pendía de su cuello por medio de una cadenita.

Después de la cena, Taylor y Norma salieron unos minutos a la puerta de la casa. La luna estaba aún oculta y el bosque se divisaba como una masa negra e impenetrable.

—Mañana habrá desaparecido ese maleficio —dijo él.

—¿Lo crees así? —preguntó Norma.

—No puedo asegurarlo de una forma rotunda... pero tengo fe en lo que pienso hacer.

—La fe vale tanto como las obras. Lee.

—Si, lo sé. Ese bosque está vivo, pero también muerto. Mañana volverá a vivir, como viven todos los bosques y las florestas, con animales y pájaros, y ramas que se agitan a impulsos de la brisa... Ese bosque ha crecido demasiado anárquicamente y hay en él muchos árboles viejos que es preciso derribar. Cuando los trabajos hayan terminado, quedará un parque que no tendrá igual en cientos de kilómetros a la redonda.

—Antonia me dijo que en alguna parte hay una fuente, pero ella no ha conseguido verla jamás.

—Si hay agua, el valor del parque se acrecentará más todavía. Será un lugar maravilloso, créeme.

—Pero nosotros no podremos olvidar nunca a todos los que desaparecieron aquí. Si todas esas cosas las hubiéramos sabido antes...

—Los acontecimientos tenían que seguir un curso lógico, no le des más vueltas. Quizá, aunque desde luego inconscientemente, los que murieron se sacrificaron de alguna forma para que la verdad llegase a ser conocida un día y los demás pudieran encontrar la felicidad.

Ella asintió. Eran unas palabras razonables. Y, de repente, el bosque le pareció menos siniestro, casi acogedor. En aquellos instantes, tuvo el presentimiento de que el bosque ansiaba y esperaba su liberación.

De pronto, oyeron pasos en las inmediaciones.

Vanderbusch apareció de pronto ante ellos, con una maleta en la mano. A Norma le pareció que los ojos del sujeto relucían como brasas y, asustada, se apretó contra el joven.

El hombre les miró un instante. Luego, sin pronunciar una sola palabra, entró en la casa y desapareció de la vista de la pareja.

Al cabo de unos momentos. Taylor empujó suavemente a la muchacha.

—Será mejor que te acuestes —dijo—. Y, un consejo...

—Dime, Lee.

—Ciérrate con llave por dentro.

—Pensaba hacerlo —contestó Norma.

CAPÍTULO XII

La casa estaba en absoluto silencio. Vanderbusch abrió la puerta de su dormitorio, escuchó unos segundos y luego salió con un extraño objeto en las manos.

Pisando como un gato, fue a la escalera y se situó a la mitad, mirando hacia arriba. La cosa que llevaba tenia forma de cilindro y parecía un extintor de incendios. Vanderbusch hizo girar una válvula y, al instante, un chorro de gas brotó del artefacto.

El gas ascendió, dispersándose por todo el piso superior. Vanderbusch aguardó unos minutos.

Al cabo de un rato, sacó un pañuelo, lo empapó con la colonia que llevaba en un frasquito y se lo puso ante la nariz. Luego corrió al piso superior y abrió la ventana situada al fondo del corredor.

La atmósfera se despejó rápidamente. Vanderbusch hizo una prueba de respiración y, satisfecho, tiró el pañuelo a un lado.

Luego se acercó a una puerta. Tanteó el picaporte. Estaba cerrada con llave, pero no le importó. Alzó el pie y la cerradura saltó con un fuerte crujido de maderas astilladas.
La luz estaba encendida. Sonrió satisfecho.

Antonia, vestida, yacía en la cama, profundamente dormida. Dillon estaba en una butaca, también sumido en un pesado sueño.

Vanderbusch había ido prevenido para la ocasión. Sacó unos cordeles y ató las muñecas de los dos durmientes. Luego destapó un frasquito y, sucesivamente, lo acercó a la nariz de de Antonia y de Dillon.

Ellos despertaron a los pocos instantes, todavía aturdidos, sin saber lo que había ocurrido. Dillon fue el primero en reaccionar

—¿Qué pasa aquí? —exclamó, a la vez que se ponía en pie

Entonces vio que tenía las manos atadas. Delante de él, Vanderbusch sonreía con infinita perversidad.
En la mano derecha tenía una pistola.

-Vamos, muévanse —ordenó—, A menos que prefieran morir aquí y en este mismo instante...

—¡Sixtus! ¿qué piensas hacer con nosotros? —gritó la joven.

—Lo verás muy pronto. Dillon, si piensa en gritar, hágalo; nadie le contestará. Los otros duermen

Dillon recordó entonces el profundo sueño que le había abatido.

—Nos ha narcotizado

—Tenía una botella repleta de gas narcótico. A veces, lo necesitaba, cuando algún tipo reacio no quería... En fin, dentro de poco tendrán la explicación. ¡Vamos, caminen delante de mi!

Dillon cambió una mirada con la joven Será mejor que hagamos lo que nos ordena, Antonia —dijo.

Ella asintió en silencio. Aunque todavía aturdida, podía moverse sin dificultad. Lanzó una triste mirada a Dillon y luego se encaminó hacia la puerta.

* * *

Taylor despertó de pronto sintiendo unas extrañas náuseas Hacia unos instantes, había oído un fuerte estruendo. Le pareció que alguien había abierto una puerta a la fuerza, pero no estaba seguro de que no fuese un sueño.

Levantándose, fue a la ventana, que estaba abierta. y as piró profundamente el aire puro y fresco de la noche. En el cielo, la luna en menguante derramaba todavía una fuerte claridad sobre el suelo.

De pronto, le pareció ver tres sombras que se adentraban en el bosque Durante unos segundos, pensó que había sido una ilusión de sus sentidos. Luego creyó oír una voz.

Aguzó el oído, pero ya no volvió a oír más sonidos. Receloso corrió a la puerta de su dormitorio y abrió. Flotaba un olor extraño en el aire y volvió a sentir náuseas. Pero todo se le pasó cuando vio abierta la puerta del dormitorio de Antonia

Lentamente, se acercó allí y vio que la cerradura había saltado violentamente.

—Entonces, no ha sido un sueño. Reflexionó. El olor dulzón, las nauseas...

Gas narcótico, adivinó de inmediato La ventana del cuarto de Antonia estaba cerrada. La suya quedaba abierta, no le gustaba dormir con la ventana cerrada, sobre todo en el buen tiempo. Tal vez por dicha razón, el gas que había pasado por debajo de la puerta se había disipado con mayor rapidez.

Repentinamente, se acordó de Norma.

Golpeó con furia la puerta de su dormitorio. La muchacha no contestaba y su rabia y sus aprensiones subieron de punto Retrocedió, tomó impulso y cargó con el hombro.

La puerta se abrió. Taylor penetró como una tromba. Encendió la luz y vio a Norma profundamente dormida, con un brazo fuera de la cama

La ventana de la joven estaba cerrada. Taylor la abrió. Luego, cogiéndola en brazos, la situó en un sillón, frente a la ventana. Ella continuaba aún dormida, aunque Taylor se dio cuenta de que era más

inconsciencia que sueño, ya que murmuraba palabras incoherentes.

Era preciso que despertase. Ahora ya estaba seguro de que Vanderbusch se había llevado a Dillon y su prometida. Y sabia también que pretendía hacer con ellos.

Corrió al baño y trajo agua en un vaso, que derramo sin piedad sobre el rostro de la muchacha. Norma se quejó y saltó en el sillón. Taylor repitió la operación.

Norma le miró con ojos turbios.

—Aprisa, vístete —dijo él—. Vanderbusch se ha llevado a tu hermano y a Antonia.

—Pero... ¿cómo...? —preguntó ella, con voz espesa todavía.

—No pierdas un segundo. ¡Vamos!

Taylor estaba en pijama y fue a su habitación para cambiarse de ropa. Cuando terminó, vio que Norma estaba aún a la mitad. Mientras ella se abrochaba la camisa, él le puso las botas. Luego, sin más, agarró su mano y tiró de la muchacha hacia la escalera.

—No sé cómo lo hizo, pero empleó gas narcótico —explicó, mientras descendía a la carrera, remolcando a Norma en todo instante —. Nos creíamos seguros en nuestras habitaciones, pero no pensamos en que él podría emplear algún método distinto para reducirnos a la impotencia.

El aire fresco de la noche obraba maravillas en la muchacha. Norma estaba casi completamente despejada.

—No lo entiendo. Lee. Si ellos mueren, él...

—Nosotros ya no podríamos hacer nada. Vanderbusch nos expulsaría de Rickant Forest. Cualquier acusación sería rebatida sin dificultad —contestó el joven.

En unos instantes, llegaron al bosque. Entonces, ocurrió algo fantástico.

Los árboles parecieron apartarse a su paso. Las ramas se separaron o se ladearon, dejando un ancho espacio delante de la pareja. Taylor creyó percibir el clamor de millares de voces que le animaban a persistir en sus propósitos. Incluso le pareció que la luz de la luna se hacía más intensa.

El bosque se abrió en línea recta, un ancho camino, completamente despejado, en el que no se podía perder. Norma se sentía fascinada por aquel maravilloso suceso, que ya sabía era debido a fuerzas sobrenaturales.

Corrieron sin desfallecer, adelantando terreno con gran rapidez. Casi sin darse cuenta, se encontraron en el claro.

Y vieron lo que ocurría allí.

* * *

Dillon y Antonia estaban a dos pasos de la higuera, tendidos en el suelo, ahora ya atados de pies y manos. Vanderbusch, en pie, frente al árbol, tenía sus brazos extendidos y profería extrañas imprecaciones, una especie de cántico infernal, horrible y melodioso a un tiempo.

—Te he traído sangre para que vivas y me hagas vivir... Toma esa sangre y sigue viviendo para que yo siga viviendo también...

Norma se sentía espeluznada. De repente, llena de terror, vio que las ramas de la higuera descendían lentamente hacia los dos prisioneros.

—No, no lo permitiré —dijo Taylor.

Elevó la mano derecha, asió la cruz de plata, hecha con el siclo judío, y avanzó hacia el árbol maldito.

—¡Atrás! ¡Deja a esos ¡nocentes! —gritó—. ¡Te prohíbo que les

hagas ningún daño! Vanderbusch se volvió repentinamente. Un rugido de rabia escapo de sus labios al

reconocer a Taylor.

El joven seguía avanzando, con la cruz en alto. Tocó una rama y la vio retroceder, sacudida por violentísimas convulsiones.

De súbito, gritando de forma horripilante, Vanderbusch se arrojó sobre el joven. Norma gritó.
—¡Cuidado, Lee!

Era ya tarde. Vanderbusch le dio un tremendo empellón y aunque él mismo salió despedido en sentido contrario. Taylor rodó por tierra. La cruz se desprendió de sus dedos y cayó a unos pasos de distancia.

Vanderbusch se recuperó antes y cayó sobre el joven, agarrándole por la garganta con dedos que parecían de acero. Taylor era fuerte, pero se sintió como un chiquillo en las manos de aquel diabólico individuo.

Haciendo un esfuerzo supremo, golpeó su ingle con la rodilla. Vanderbusch flaqueó un poco.

Taylor aprovechó para lanzar un grito:
—¡Norma! ¡La cruz! ¡En el tronco de la higuera!

La muchacha salió del morboso estatismo en que había caído. Antes de que Vanderbusch pudiera impedírselo, corrió hacia la cruz, se agachó, la cogió con dos dedos y se lanzó hacia la higuera.

En el último instante. Vanderbusch lanzó un horroroso alarido. Parecía la voz de un gigante en sus últimos momentos de agonía. Con la cruz por delante, las ramas de la higuera, que se movían como seres vivos, se apartaban al paso de la muchacha. Norma llegó junto al tronco y pegó la cruz a la corteza.
Entonces se oyó un profundo trueno.

El suelo se agitó, como sacudido por un terremoto. La higuera se convulsionó violentísima mente. Norma sintió un extraño hormigueo en la palma de su mano. Fuerzas invisibles pasaban a través de su cuerpo y penetraban en el árbol maldito, derrotándolo irremisiblemente.

Taylor estaba aún debajo de Vanderbusch. El rostro del sujeto se inmovilizó de pronto. Vanderbusch rodó a un lado. Su cara se hizo vieja en pocos instantes. Taylor se

incorporó sobre un codo y contempló a su enemigo, que estaba completamente quieto. Al cabo de unos momentos, se levantó y fue a desatar a sus amigos. Norma estaba aún

junto a la higuera. Pero las ramas empezaban a quebrarse con sordos crujidos. Ya no se apreciaba el aura de maldad que siempre se advertía en las proximidades del árbol.

Dillon, ya libre, ayudó a Antonia a ponerse en pie y la separó de la higuera. Taylor se acercó a la muchacha.
—Ya no es necesario que sigas —dijo.

Norma asintió. La cruz estaba aún en su mano. Cuando quiso devolvérsela al joven. Taylor le cogió la mano y cerró los dedos sobre aquel trozo de metal.

—Ha cumplido su misión y lo hiciste tú. Te pertenece mientras vivas —dijo.
—Es... el sido de plata, ¿verdad?

—Sí. Alguien me lo aconsejó... y debía de saber lo que iba a pasar.

Dillon se había apartado unos pasos, sosteniendo por la cintura a su prometida. Taylor contempló fijamente la higuera.

El árbol estaba ya muerto. Las ramas se quebraban por todas partes. Un menudo polvillo caía al suelo desde las alturas.

La higuera envejecía a ojos vistas. Taylor y los demás permanecieron en aquel lugar, contemplando el singular fenómeno, hasta que se hizo de día.

Cuando el sol lanzó su primer rayo, la higuera se convirtió en polvo. Taylor volvió la cabeza. De Vanderbusch no quedaba asimismo más que un poco de polvo gris, que mar-caba claramente su silueta.

Inesperadamente, se levantó la brisa.

El aire barrió el polvo. En el lugar donde había estado la higuera ya no quedaba el menor rastro. El suelo estaba completamente liso. Incluso se veían asomar tímidamente los primeros tallos de hierba verde.

—Será mejor que volvamos a casa —propuso Taylor.

Lentamente, emprendieron el regreso. Ya no encontraban hostilidad en los árboles. Taylor entendió que también habían sido prisioneros de la higuera.

Cuando divisaban la casa, oyeron un sonido que les pareció nuevo.
—¡Está cantando un pájaro! —gritó Norma.

Taylor sonrió. Una ardilla correteó por delante de ellos, trepó a un abeto y, desde la rama más próxima, les miró con sus negros ojillos. Taylor creyó ver cierto sentido de gratitud en el simpático animalito.

Los animales eran inteligentes, a su modo, pensó, y ya sabían que podían regresar al bosque, del que había desaparecido todo maleficio.

El sol brillaba radiante. Rickant Forest ofrecía un aspecto enteramente distinto, aun siendo el mismo. Si, pensó Taylor, había dejado de ser ya y para siempre el bosque maldito.

Otro día, se dijo, visitaría a Harwison y le contaría lo sucedido. Lamentaba, sin embargo, no haber podido salvar a Thann, un buen hombre a pesar de todo. Pero estaba seguro de que ni Hohnill ni Hollis, ni tal vez otros sacrificados a la codicia de Vanderbusch, habían muerto en vano.

—Estaba pensando —murmuró—. Creo que el primer Vanderbusch no murió y que siguió encamándose en sus descendientes.

Norma apretó su mano.
—Debes olvidarlo, querido —dijo.

—Si, es lo mejor.
Más tarde, en la casa, Dillon tomó una decisión:

—Norma, tú manejarás el negocio durante una corta temporada. Lee te ayudará. Antonia y yo nos vamos a casar sin pérdida de tiempo y queremos tomarnos al menos tres meses de luna de miel. Ella lo necesita y yo también. ¿Estás de acuerdo?

La muchacha sonrió.

—De acuerdo. A vuestro regreso, habrá
otra boda —aseguró. Dillon sonrió.
—No encontrarías mejor esposo, hermanita —contestó.

—Durante vuestra ausencia nos cuidaremos de que empiecen los trabajos en Rickant Forest. Antonia no conocerá la casa cuando vuelva. Y en el pueblo se sentirán muy contentos cuando sepan que les cede el resto del bosque que no está situado directamente en la meseta.

—Siempre lo había pensado así, pero el no quería... —dijo la joven pensativamente.

—Quería que todo siguiese igual, porque sabía que sólo viviría mientras viviese la higuera. Y yo pienso que él era la higuera y que la higuera era él—opinó Taylor.

—Un demonio que fue al fin derrotado por lo que nunca puede ser vencido — murmuró Norma.

* * *

El profesor Harwison no estaba en su casa. Se había mudado y nadie supo darle noticias de su paradero.

Taylor empezó a sospechar la verdad. Se preguntó cómo no había sabido verlo en la entrevista con Harwison. Parecían muy distintos, pero ahora tenía la seguridad plena de que Harwison y el mendigo eran una misma persona.

Quizá Harwison le había ofuscado ligeramente para que no pudiera reconocerlo. No importaba, pensó, secretamente complacido.

Aquella misma noche, se acercó a cierta esquina que traía muchos recuerdos a su mente. Otro rótulo había sustituido al que ya conocía. Alguien había escrito una frase en latín: PAX VOBISCUM. «La paz sea con vosotros», tradujo Taylor. Y en el mismo instante, supo quién lo había escrito y quién era el destinatario del mensaje.

Sonrió, mientras abría la puerta de par en par. Christine le reconoció y sonrió alegremente.

—Ah, señor Taylor... Por fin apareció su hombre —exclamó.

—¿De veras? —exclamó él, esperanzado—. ¿Dónde podría encontrarlo?

—Temo que no estoy en condiciones de decírselo. El estuvo aquí unos momentos, tomó café y luego me dio un recado para usted.

—A ver, dígalo, Chris.

—Era un viejecillo tan simpático, tan afable... Yo me sentía muy a gusto con él, ¿sabe? Desprendía dulzura pura, señor Taylor, y creo que estuve hablando con un santo...

—Chris, el mensaje, por favor —rogó él, impaciente.

—Oh, si, es cierto. Dijo que volverían a verse, pero que pasarían muchísimos años antes de que eso sucediera. Extraño, ¿verdad?

Taylor se frotó la mandíbula. Sí, era un mensaje perfectamente comprensible. Y también sabía dónde volvería a encontrarse con el mendigo y no en la tierra, precisamente.

—Luego ocurrió algo extraño —añadió Christine—. Le vi que se dirigía hacia la puerta, pero desapareció de repente, cuando salía... Supongo que me distraje un segundo, aunque a veces pienso que...

El joven sonrió y puso un billete sobre el mostrador. —Gracias. Chris —se despidió sobriamente.

Salió a la calle. Los anuncios luminosos centelleaban en las alturas.

Pero más arriba aún había estrellas. En alguna, se dijo, estaría el hombre que le había llevado a destruir un árbol maldito.

—Algún día nos veremos, en efecto —murmuró. Luego, de pronto, echó a andar.

Norma le aguardaba. Tenían que discutir muchas casas, la menos importante de las cuales no era ciertamente el futuro de ambos.

FIN



COLECCION

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

Nunca sentirá tan real, tan viva y palpitante la sensación de una auténtica aventura espacial, como leyendo cada semana un título seleccionado para esta colección

¡Asegure su ejemplar!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.